

## CAPÍTULO II

Donde reaparece una conocida y aparece una incógnita

### I

AL ponerse nuestros amigos en camino para Madrid á mediados de junio de 1808, la capital de España estaba dominada por el terror y la ira, aterrada por los espantosos asesinatos del día 2 de mayo y sedienta de venganza. Han errado... sin querer, los que han supuesto que las *personas ilustradas* deseaban el advenimiento de Napoleón. ¿Dónde cabía mayor ilustración que en la tertulia de Quintana? Pues todos eran allí á una *misogállicos*, para usar del terminacho puesto ahora de moda en Italia. D. Juan Nicasio Gallego, Blanco (Whitte), Arjona, Tapia, Capmany, Alea, Escosura, Arriaza, Viado y otros, eran todos tan liberales como acérrimos enemigos de Bonaparte.

La conversación general versaba sobre lo que harían las provincias, bien seguro todo el mundo que habian de ser el paladión de nuestra independencia y de nuestra libertad. A la vez, también, que se reconocía por rey legítimo á Fernando VII, se dejaba ver con toda claridad que se entendía tenerlo por rey, pero constitucionalmente. Conste que «en lo general de los españoles de aquellos días vivía honda y vehementemente sentido el amor de patria juntamente con el de libertad, confundiéndose en uno ambos afectos;» palabras tomadas de un ilustrado contemporáneo de los hechos que narramos.

Antonio Albenza participaba del universal senti-

miento, sólo no compartido por gente odiada por el pueblo y por cuatro miserables comprometidos con el gobierno intruso. En nada se oponía el ser liberal á desear la vuelta de Fernando. El ilustre Cienfuegos estuvo á punto de ser fusilado por haber publicado pocos días después del 2 de mayo un entusiasta artículo á favor de Fernando, y, lo mismo que Cienfuegos, defendían también los otros liberales contra Napoleón la legitimidad del rey de España.

Parecía, sin embargo, que ningún ser dotado de sentido común pudiese abrigar esperanza alguna respecto al resultado de la insurrección. El total del ejército se reducía á algunas cortas divisiones, muy separadas entre sí. Desatino parecía esperar remedio alguno una nación sin ejército, con la capital, las plazas fuertes y gran parte del territorio ocupado por los vencedores de Europa, y, sin embargo, España se levantó unánime, amenazadora, imponente.

### II

Antonio Albenza se encontraba la tarde del 10 de junio en un modesto café de la calle de la Corredera Baja de San Pablo. Estaba el local enteramente ocupado. Cerca de una ventana, un joven de unos diez y siete años, de poco favorecido rostro pero de inte-

ligentísima expresión, daba cuenta de una proclama, que era acogida con frenéticos aplausos. La calurosa entonación que daba á lo que leía, el gesto con que lo acompañaba, su voz penetrante y varonil, la actitud tribunicia que mostraba y la extraordinaria viveza de su mirada enardecían hasta el extremo los ánimos de todos. Esto no lo extrañarán nuestros lectores cuando sepan que aquel joven era la futura gloria de la tribuna y de las letras españolas, el rey de los oradores, el escritor inimitable, el político, si con lunares, también con grandes cualidades; el escéptico y ardiente, el integérrimo y calumniado, el envidiable y no muy afortunado D. Antonio Alcalá Galiano, insigne paladín de uno de aquellos dos magníficos partidos, únicos en que por tantos años se dividieron los liberales españoles.

Tratábase de una batalla dada, y, por supuesto, ganada, en Zaragoza. Hay que saber que por entonces Zaragoza excitaba un entusiasmo superior á cuanto se puede concebir. Palafox había llegado á convertirse en un semidiós, con grande admiración de los que le habían conocido en sus mocedades, los cuales no creían pudiese llegar á desplegar tan asombrosas prendas de carácter.

Cuando Albenza entró en el café, Galiano terminaba la lectura de la proclama, que decía literalmente así: «Si la batalla de las *Eras* hubiese sido ganada por esos vocingleros, se habría puesto á la par con las de Marengo, Austerlitz y Jena; pero vosotros sólo la miráis como un ensayo de las que estáis dispuestos á ganar bajo el mando de vuestra Generalísima Patrona.»

La concurrencia coronó con gritos de admiración y exclamaciones de guerra la lectura del papel, y el lector recibió una ovación indescriptible, teniendo que soportar que le llevasen en triunfo.

Galiano vió á Albenza, y fué á saludarle así que le dejaron libre.

—¿No me dijiste un día que tenías ganas de ir á Palacio á ver los cuadros?—exclamó el grande orador.

—Sí, por cierto. No quise poner allí los pies mientras estuviese María Luisa, y menos ocupando el palacio el vil Murat; pero ahora que no hay nadie por allí, sí tendré gran placer en contemplar los Velázquez y Goyas, que dicen háy en copioso número.

—¿Por qué no ir cuando mandaba Godoy? Bien

sabes que yo, como tú, soy *mameluco*; pero mi deber de historiador imparcial, pues me da ahora el naípe por recoger apuntes, me obliga á decir que preferiría la privanza del favorito extremeño á ver á nuestro amado y excelso rey rodeado de otros favoritos en cuyos pechos se anidan la perfidia y la traición como en el alma de Judas. ¿Qué te parece ese Escoiquiz, maestro de teorías revolucionarias del heredero de la corona y hoy apóstata de la libertad? ¿Qué me dices de Caballero, traidor al padre y ahora servidor del hijo? ¿Y no te da ascos Cevallos, ministro de dos reyes? Esos son los autores de las vergonzosas escenas de Aranjuez, Valencey y Bayona. Dejemos estar, pues, al pobre choricero, que otros vendrán que bueno le harán.

—Eres tan hábil para argumentar,—le contestó Antonio,—que no hay medio de poder vencerte en el palenque de la discusión. Me probarás si quieres que ahora es de noche. Dejemos, pues, á un lado la política y vámonos á ver los cuadros.

### III

Los dos se encaminaron al Palacio real.

—¿Sabes que esta noche han desertado más de trescientos soldados para unirse á la insurrección?—dijo Galiano.—Pero lo mejor es que se han llevado las banderas del regimiento. ¡Ya quedan ahora muy pocos para escabullirse de los franchutes!

—Me alegre, chico, me alegre. Y ¿cómo van los versos?

—No me hables de versos, te ruego, porque todavía me dura la impresión que me causaron el otro día dos poesías que se leyeron en la tertulia de don Manuel; de manera que así que llegué á casa hice pedazos todas las sandeces que había yo puesto en líneas cortas para no ser menos que otros.

—Pues, hombre, di esas poesías, ya que con la memoria que Dios te ha dado por fuerza has de recordar lo que dicen.

—¿Que si lo recuerdo? ¿Cómo no quedar grabada en lo más hondo del alma la *Oda á España libre*, de Quintana, y la *Elegía sobre el Dos de Mayo*, de don Juan Nicasio Gallego? Oye, oye y admírate.

Y á seguida Galiano recitó á Albenza, de una manera admirable, aquellas dos inmortales obras, con lo cual llegaron á la plaza de la Armería sin notarlo.

## IV

La regia morada yacía en lastimoso abandono. Murat había salido de Madrid para ir á reinar en Nápoles, sucediendo al verdugo del 2 de mayo un engendro bonapartista, policíaco más que militar, satélite del corso, que lo tenía para desempeñar las honrosas funciones del alto espionaje y los encargos de doble fondo, el célebre Savary, en una palabra, aquel que después de decirle á Fernando VII que respondía con su cabeza de que Napoleón le reconocería como rey de España si pasaba á Bayona, fué á intimarle, una vez allí, de parte de su amo, que renunciase la corona en favor de la familia Bonaparte, mediando sólo cinco días entre una y otra visita.

Savary no residía en palacio, como Murat; de manera que sólo se encontraron los dos visitantes con algunos franceses que se paseaban por las salas. Detuviéronse al llegar á un dormitorio, al ver en un rincón cierto sombrerito de tres picos, con un par de botas al lado. Era el famoso sombrero de Napoleón; ni más ni menos que el sombrero del gran emperador.

—¿Esas tenemos?—exclamó Galiano.—¿Conque esas botas y ese sombrero, enviados aquí cuando aun estaba el rey, debían servir de prueba de que Bonaparte no sólo venía á España como huésped sino que estaba ya en camino? ¿Cómo no creer en la venida del emperador cuando ya mandaba el sombrerito por delante? ¡Pardiez, que no creyera en la existencia de tales objetos á no verlos por mis propios ojos! Es ya á cuanto puede llegar el fraude y el engaño para adormecer toda sospecha de deslealtad, Amigo Antonio,—añadió en voz más baja.—Bien sabes que no soy yo un monárquico, pero á la verdad me causa dolor é ira que se haya llegado á hacer tal befa á la majestad del trono, representante al fin y al cabo, del decoro del pueblo español. ¡Cuándo llegará el día en que podamos tomar venganza de tanta afrenta!

—No hables alto,—dijo Albenza,—y disimula un poco tu exaltación para que no te hagan una mala pasada esos gabachos. Miremos, sí, esos cuadros que ¡pardiez! me entusiasman tanto como si me dijeran que hemos ganado una batalla. Mira, mira aquí qué lienzo. ¡Dios mío! ¡Que maravilla! ¡Sí,

Antonio: no me hables de nada más que de Velázquez!

El cuadro que tanto conmovía á Albenza era la *Rendición de Breda*.

—Si algo podría curarme de ciertos amores que aun siento culebrear en mi pecho,—exclamó Antonio,—serían esos lienzos del primer pintor del mundo. Yo temo que voy á enamorarme como un loco de esas *Meninas* y de esas *Hilanderas*.

—No tienes mal gusto,—respondió Galiano;—ya iremos luego á visitar el dormitorio de la reina, y verás allí un *Cristo* de D. Diego que te dejará bizco... como yo, y Goyas y Murillos que da gloria el mirarlos.

## V

Al entrar, empero, en el dormitorio de María Luisa, se ofreció á su vista un extraño grupo que les llenó de indignación y asco. Un *mameluco*, con un gran turbante, calzores rojos, alfanje, pistolas y puñales, un oficial de granaderos y otro de artillería, estaban ensayándose á bailar el bolero con otras tantas manolas con castañuelas, al compás de una guitarra. Excusado es decir lo bonitos y monos que estarían los extranjeros huéspedes.

Nuestros dos amigos no pudieron contener una expresión de disgusto al ver á las tres mujerzuelas que hacían pareja con los franceses. Dos de ellas eran de lo más perdido que se arrastraba por los lupanares de Madrid, mujeres de esas que llegan á tal degradación que no tienen ya ni siquiera el pudor de la patria. La otra era diferente, pero excusamos descripciones: era Juana la naranjera, la que dejamos en la fortaleza de Stralsunda. En nada había cambiado su expresión: la misma dulzura en la mirada, la misma sonrisita, la misma voz cariñosa, la misma seducción en todos los movimientos. Su tez morena, sus ojos azules, su nariz tan graciosa como incorrecta, su boquita de rosa, su lunar, parecían encontrar en el dormitorio real la escena propia en que ejercer sus encantos.

Habían pasado su madre, ella y el furriel, ocho meses en la isla de Rugén, hasta que llegó el día en que se descubrió la falsedad de la orden de detención: el furriel se pasó á los franceses, y un oficial de lanceros polacos cargó con la *señá* Paca y con Juanita, recorriendo diversos países hasta que

las órdenes de Napoleón les trajeron á Madrid.

Inútil es ponderar los feroces deseos de venganza que fermentarian en el pecho de las dos gitanas: sentían ambas un odio á muerte, no sólo contra Espinosa, Méndez, Garroyo y Ortego, sino contra todo lo español y contra todo lo patriótico.

Juana conoció al punto á Albenza, y ya sabía que era el hermano de la novia de Espinosa. Al verle entrar en el aposento sintió una alegría infernal: había formado en un momento un plan diabólico y de repentino efecto.

—Mira, Ladislao,—exclamó dirigiéndose á su pareja,—ese madrileño de la casaca negra. Te lo digo porque no ha dejado de mirarme ni de seguirme siempre que he salido á la calle, y vendrá ahora, sin duda, á probar de hacerme una declaración. A ver si me lo quitas de delante, pues ya no puedo más con sus impertinencias.

El polaco, que no era muy fuerte en diplomacia ni en urbanidad, se adelantó con aire de matón á los dos visitantes, y, encarándose con Albenza, le dijo en mal chapurreado español:

—¿Osté mirar y hacer el amor á donna Juanita? Yo matar á osté como un *chino*. Elegir osté en seguida las armas y decir el sitio en que haber la reencontra.

Galiana había visto el manejo de la muchacha, y corrió á sacar á su amigo del atolladero antes de que pudiese contestar.

—Tened entendido,—contestó en correcto francés al hijo del Vístula,—que mi amigo no puede entender lo que decís porque es sordomudo.

—¿Sordomudo?

—De nacimiento: hijo de una gran familia italiana.

Juana se levantó y exclamó:

—Miente V.: su compañero es español y pintor, y tiene la lengua muy suelta y el oído tan fino como V.

—Esta señorita padece una lamentable obcecación,—continuó diciendo Galiano.—Este joven es hijo del príncipe Camelli y nieto del abate Camelli, el que introdujo en nuestro país el cultivo de las camelias, tan adoradas por vuestra graciosa emperatriz. Ya veis cómo se pondría S. M. la tierna Josefina si llegase á saber que habíais hecho daño al inocente nieto del gran Camelli. Permitid, pues, que nos retiremos, y creed que es tan cierto como desea-

mos el triunfo del ejército francés en cuantas batallas dé á los españoles, que mi compañero es, repito, el sordomudo Camelli. Os lo dice quien es profundamente Galiano: ya sabéis lo que son las Galias, las Galias tan célebres por las guerras que sostuvieron contra Roma.

Era tan persuasiva la oratoria de Alcalá que el polaco hizo mil reverencias y acompañó á los dos amigos hasta la puerta de los Príncipes, ofreciendo todo su apoyo para todo y en todo al Sr. Camelli y al joven Galiano, descendiente de las Galias conquistadas por aquel Napoleón de siglos atrás llamado Julio César.

## VI

Una vez fuera, dijole el futuro orador de la Fontana de Oro á Albenza:

—¿Qué demonios le has hecho á esa muchacha para querer enzarzarte en un duelo con aquel polaco?

—Puedo asegurarte que es la primera vez que la he visto en toda mi vida. Pero ¿por qué has querido que no me batiera? ¿Crees que soy hombre para arredrarme por nada?

—Lindamente discurrido,—contestó Galiano;—y una vez ese bruto te hubiese despachurrado, tus amigos tan orondos y contentos con tu heroicidad de dejarte matar. No, Antonio: los hombres como tú han de guardarse para morir por otra causa que por la rabieta de una mujerzuela.

—¡Pero si te repito que no la he visto nunca!

—Pues desengáñate: ella te habrá visto á ti. Voy creyendo, Albenza, que no estás bien en Madrid: si les da la gana de perseguirte, van á darte alguna desazón. Así, pues, sigue mi consejo, márchate á Cádiz, y allí, en mi casa, estarás como en la tuya propia.

—No, no quiero separarme de vosotros, mis amigos y hermanos; pero gracias, de todos modos, por tus buenos oficios, Antonio. Bien se ve que eres un futuro Talleyrand.

—Pero no soy cojo,—replicó Galiano.

Los dos se abrazaron, y Antonio entró en su casa.

Al mismo tiempo llegaban en un coche de colle-ras, y paraban en la fonda de San Sebastián, Rosario, Matilde y Tap. Los dos últimos quedaron en la po-

sada, y Rosario fué corriendo á abrazar á su hermano.

—Por lo mucho que te quiero,—le dijo al despedirse á Matilde,—haz por que mi hermano no te vea. Yo le sacaré de Madrid, pero entretanto ocúltate de sus miradas.

## VII

Al ver entrar en su casa á Rosario, fué inmensa la alegría que experimentó Antonio Albenza. La presencia de su hermana le ayudaría á soportar las penalidades que preveía iban á sobrevenirle. Mucho le había preocupado la tentativa de la miserable moradora de Palacio, y así preguntó á Rosario si tenía noticia de cierta gitanilla llamada Juana, de ojos azules y cabello negro, con un lunar cerca de la boca y una voz como un ángel. Rosario reconoció al punto en la manceba del polaco á la antigua espía del ejército de Romana, y le contó á Antonio todo lo ocurrido en Stralsunda, según le había referido Méndez.

—Grave es lo sucedido,—dijo Antonio,—y temo que no vaya á empezar contra nosotros una persecución de mal género. Los de la Junta son amigos de Kindeland, y precisa, por lo tanto, ponernos al amparo de sus asechanzas. Esta misma tarde me ha brindado un amigo con franca hospitalidad en su casa de Cádiz. Si puedes disponer enteramente de tus acciones, sígueme allá: ya encontraré yo dónde servir á la patria; pero conviene ponernos en salvo, y aquí no lo estaremos mientras haya franceses y, lo que peor es, afrancesados. Así que estés repuesta, emprenderemos el viaje. Y la amiga de Méndez, ¿dónde la dejaste?

—Allá quedaron,—contestó Rosario, algo turbada.

—Es extraño que quisiera permanecer en Sevilla después del pago que les dieron. ¿Conque ahora no es necesaria tu compañía á nadie?

—No: á nadie más que á ti.

—Mil gracias, mi Rosario. Eres tan buena como una santa, tanto como nuestra madre, de quien eres el vivo retrato en todo.

Realmente alentaba en Rosario una naturaleza generosa y admirable. Era hermosísima, con el tipo español de las Vírgenes de Murillo y el alma enérgica y amantísima de las damas de Calderón. Su

lealtad era digna de un corazón de héroe: entre ella y el bravo Espinosa jamás había cruzado la más leve sombra de fútiles recelos; eran el uno del otro absolutamente. El hombre de acero tenía por equivalente la mujer fuerte de que habla el Evangelio. Su amor era firme como la roca, sereno como el lucero del día.

La situación de los dos amantes hubiera dado fin casándose ante la Santa Madre Iglesia el día que Rosario hubiese querido hacer la más ligera insinuación; pero los graves acontecimientos sobrevenidos desde que el regimiento de Espinosa había salido para el Norte, habían distraído la atención de los dos amantes respecto al punto de la unión sacramental. Rosario hubiera creído profanar su alta idea del matrimonio apresurando su enlace mientras se veía perseguido, desterrado y envuelto con negras traiciones el adorado coronel. Tomó varonilmente el papel de compañera suya para secundarle en sus planes patrióticos, y no pensó en casamientos que no venían por entonces al caso. Además, si Rosario era pura como el ampo de la nieve, Espinosa era casto como un estoico, sin que jamás mediase entre ambos la más leve sombra de pasión terrena. Eran dos caracteres, no dos seres de distinto sexo. El rostro divinamente sereno de Rosario se avenía con las enérgicas facciones de Espinosa. Al verlos juntos hubiérase dicho que eran de una misma raza, pero de una raza de héroes y de vírgenes.

Conocedora la hermosa niña de la valía de su amante, sentía por él tanto amor como respeto. Rayaba en exceso su sumisión: una palabra de Espinosa era una orden para ella. Así se mostró dispuesta siempre á cuanto le pidió el valiente jefe de la Princesa. Él, en cambio, pagaba tanta abnegación con amor sin límites, expresado de mil maneras en su trato con ella y en sus relaciones más íntimas. Las palabras de amor que á solas le prodigaba Espinosa, parecían arrancadas de los antiguos dramas españoles, y sus frases resonaban con la penetrante dulzura de los galanes de Alarcón en punto á naturalidad y fuego.

La joven compartía con su hermano los tesoros de amor prodigados á Espinosa. Habían quedado huérfanos los dos en temprana edad, y de ahí que su cariño contuviese algo también como el de un hijo por su madre y el de una hija por su padre. Rosario admiraba á su hermano como artista, pero á la vez le

quería y le respetaba como á jefe de familia. Cuando Antonio le propuso ir á Cádiz, su contestación fué que al momento estaba dispuesta.

## VIII

Comprendiendo que no había tiempo que perder, dirigióse corriendo á la fonda de San Sebastián á participar á Matilde lo que había ocurrido entre su hermano y Juana la Naranjera. Tap estaba inquieto.

Apenas acababa de llegar Rosario, cuando se presentó en la posada un alcalde de casa y corte, y dijo con hueca voz:

—En nombre de S. A. la Junta Suprema de Madrid, dense presos los que están en compañía de doña Rosario Albenza.

Los corchetes se llevaron á Tap, Matilde y Rosario. Al llegar al portal de la fonda vieron á Antonio, llevado también entre alguaciles.

Antonio se fijó en Matilde, y, sin darse cuenta de que estaba preso, fuése corriendo hacia ella, exclamando como fuera de sí:

—¡Vos! ¿Sois vos? ¡Josefina! ¿Vos aquí? ¿Con mi hermana?

Y volviéndose á los esbirros, repuso en tono tan conmovedor como digno:

—Señores: en nombre de los más sagrados sentimientos os ruego soltéis á esas pobres mujeres. Haced lo que queráis de nosotros: tomad mi vida, toda mi fortuna; pero dejadlas á ellas, puesto que ninguna falta han cometido y son buenas y honradas patriotas.

La turba alguacilesca nada contestó á Antonio, y emprendieron todos la marcha en medio del silencio de los aterrados habitantes de Madrid, pasmados de admiración ante la belleza de las dos prisioneras y encendidos de coraje por el atropello.

Al pasar el grupo por frente á una señorial morada de la calle de las Huertas, oyóse un grito lanzado desde detrás de una celosía.

Los presos llegaron á la cárcel de la villa y fueron encerrados en una sala, apenas alumbrada por los últimos rayos del sol, que entraban al través de una reja colocada á poca altura del suelo.

—¡Qué dulce sería el morir,—murmuró Antonio dirigiéndose á Matilde,—recibiendo de vos la última mirada! ¡Si supieseis cuánto he padecido en estos

años sin veros! Porque hora es ya de que lo sepáis, y harto he callado: os amo con toda mi alma, os he amado desde el primer instante que aparecisteis á mis ojos, y os amaré hasta morir; pero no me digáis nada, no me digáis que vuestro corazón es de otro, que es de otro vuestra vida, que no os pertenecéis, que tenéis hijos quizás... No habléis para desgarrarme el pecho y matarme de dolor y desesperación. Dejad que os contemple como el ideal de mis ensueños. Veros y oír vuestra voz para que me dijerais que amáis á otro, sería demasiado horrible. Callad, callad: os lo suplico, y que el cielo sea bastante piadoso para que vos y yo desaparezcamos juntos de la tierra.

Matilde le miraba con mirada compasiva, en tanto que Rosario, arrodillada y silenciosa, lloraba tristemente, más por los otros que por ella. Tap, sombrío en un ángulo, parecía la imagen de la amargura. El sol, que penetraba horizontalmente por la ventana, le daba de lleno en el semblante con amarillenta luz, quedando hundido en espesa oscuridad el resto de su figura.

—Dejadme que os mire, que me lleve el alma con vuestro corazón,—exclamaba Antonio con vehemente pasión.

Dulcemente Matilde había intentado hablar, pero el enamorado joven había cada vez impedido que abriese los labios.

El carcelero entró para encender una linterna pendida del techo por una cuerda.

Pasaron largas horas. Sólo se oía el apagado llanto de Rosario, y de vez en cuando la voz de Tap que rugía.

El reloj de la cárcel dió las doce.

Abrióse otra vez la puerta del calabozo, y el carcelero, acercándose respetuosamente á Albenza, le dijo:

—Están sus señorías en libertad y pueden salir todos en este mismo instante.

—¿En libertad?—exclamó Antonio.—¿Todos en libertad?

—Todos. Ha llegado ahora mismo un enviado de la Junta mandando que con toda urgencia cesara la detención de sus señorías.

—¡Extraño misterio!—exclamó Tap.

Los cuatro salieron de la terrible cárcel.

Al pasar de nuevo por la calle de las Huertas, en el balcón de una señorial morada apareció una

sombra de mujer que no se retiró de allí hasta que el grupo se perdió de vista en la plaza del Angel.

## IX

Las dos parejas llegaron á casa de Albenza sin haber proferido una sílaba en tan largo camino.

Rosario y Matilde descansaron breve rato: no así Antonio y Nicolás, llenos de febril inquietud por distintos motivos.

Al amanecer recibió Antonio una carta que decía así: «Vuestra presencia es necesaria en Madrid. Nada temáis, pues velan por vos; pero alejad á vuestra hermana y á vuestros amigos de Sevilla, por no poder responder de ellos quien os ha hecho poner en libertad.» La letra era de mujer, trazada con firme pulso y sin fingir la escritura.

—¡Jamás!—exclamó Antonio.—Iremos á Cádiz todos juntos.

En seguida dió orden de buscar dos sillas de posta, y á las nueve de la mañana siguiente salían Matilde y Tap en la que iba delante y Antonio y Rosario en la de detrás.

El viaje se hacía sin dificultad ni gran molestia. La carretera era excelente, los caballos muy buenos, y las sillas, aunque viejas, eran bastante cómodas para dos personas.

Al llegar á Aranjuez alcanzóles un emisario, que entregó otra carta á Antonio.

Este rasgó el sobre y leyó lo que sigue: «De nuevo vuelvo á repetiros que vuestra presencia es indispensable en Madrid. Está dada la orden de destierro para Tap y su compañera, facultándoles para quedarse en Córdoba ó en Cádiz, según prefieran. Vuestra hermana puede volver con vos, pero convendría permaneciese interinamente en un convento. Debo avisaros que os va la vida en negaros á regresar, y lo mismo á los que os acompañan, si no lo hacéis. Escoged entre la muerte de todos ó volver solo á vuestra casa, donde recibiréis instrucciones en favor de la causa nacional. El dador os entregará los pasaportes para los que convenga.»

Antonio bajó la cabeza, y sin vacilar exclamó:

—Estoy á vuestras órdenes.

Dirigióse al coche en que iban Matilde y Nicolás, y dijo al libertador de Sevilla:

—Asuntos de la santa causa me obligan á regresar á Madrid. Seguid vuestro viaje á Cádiz. Yo con

Rosario vendré por vosotros en cuanto sea posible. Señora,—añadió mirando apasionadamente á Matilde,—al despedirme de vos, quizá para siempre, debo deciros que os he amado como merecéis serlo. Si algo valgo, á vos os lo debo. Pensad en mí alguna vez y estad segura de que jamás seré causa de perturbar vuestra dicha.

Despidiéronse abrazándose los dos hombres, besáronse las dos mujeres, y las dos sillas rodaron rápidamente en contrario sentido.

## X

Antonio no podía darse cuenta de quién sería la misteriosa desconocida que le había dirigido dos cartas y conseguido su libertad, sin poder tampoco atinar en el motivo por qué se le encargaba pusiese en salvo á su hermana en un convento. Perdíase en conjeturas, pero no sabía qué pensar absolutamente.

A las primeras horas de la tarde fué como de costumbre al café de la Corredera Baja, en el cual reinaba grande animación.

—Señores,—exclamaba D. Cleto Ramírez, comerciante de la calle de Postas;—á la fuerza han de haber llegado buenas noticias para nosotros. He mirado la cara á algunos franceses y todos parecían estar de un humor de mil demonios. Uno de ellos tenía tan bien pintado el enfado en el rostro que no parecía sino que hubiese recibido la noticia de haber ya salido Bonaparte pitando de París, mientras otros se mostraban cariacontecidos cual si tuviesen la convicción de que pronto habrán de salir á escape de España. En fin, que la cosa marcha á pedir de boca.

—Pero ¿V. ha visto bien todo eso, D. Cleto,—preguntó el Pipí de la casa?

—Como yo te veo á ti ahora, Francisco,—respondió D. Cleto.

—Pues si es así, señores,—exclamó el mozo,—la cosa no tiene duda: los franceses han recibido alguna gran paliza que debe dolerles mucho.

—En Zaragoza, Palafox resiste como una roca,—dijo uno,—y ya es cosa hecha el levantamiento del sitio.

—Pues no digamos nada de Valencia,—repuso un capitán retirado.—Allí han mandado al mariscal Monecy con la música á otra parte; y si eso hace

una ciudad sin murallas, contad lo que harán las plazas fuertes.

—Dupont ha desalojado Córdoba y viene replegándose para aquí, temeroso de un ataque de Castaños.

—Pero, á todo esto, ¿se atreverá á venir D. José Napoleón?—exclamó un librero que gozaba de gran predicamento entre los concurrentes.

—¡Quiá, D. Cosme! Pues ¿no lo sabe V. ya?—



...estaban ensayándose á bailar el bolero...

contestó el retirado. Y se puso á cantar el estribillo de la seguidilla en boga:

Anda, salero:  
no c... en España  
José primero.

En aquel momento alzóse un gran murmullo en el café. Era que entraba Alcalá Galiano.

—¡Antoñito! ¡Galiano! ¡Que hable! ¡Que diga! ¡Que lea! ¡Que cuente!—exclamaron veinte voces á un tiempo.

TOMO I.—29

—¿Qué queréis que os diga, señores,—exclamó con dramático acento el joven orador,—horrorizado como estoy por los detalles que acabamos de recibir de Córdoba?

—Pues ¿qué ha habido? ¿No se ha retirado de allí Dupont?

—Se ha retirado, sí; pero ¡de qué manera! Al entrar en Córdoba, después de capitular sus defensores, el bárbaro francés hirió, mató y persiguió á cuantos hubo á manos; fueron saqueados los palacios y los templos, las casas de los ricos y las más humildes chozas. Cebáronse en la catedral, en esa



maravilla árabe sin igual en el mundo; destruyeron los conventos y convirtieron en infame lupanar la iglesia de Fuensanta. Sólo de la tesorería se llevó Dupont 10 millones de reales: contad ahora lo que importan los robos de ornamentos sagrados y las alhajas y los dineros de los particulares.

—¡Ah, infames!—exclamaron á coro los concurrentes.

—Sin embargo, tengo también noticias de otro carácter,—continuó diciendo Alcalá.—Una partida de paisanos ha sorprendido á un destacamento francés en Andújar, y ha matado al comandante y á la guardia de granaderos.

—¡Bien hecho, muy bien hecho!—interrumpieron diciendo algunos acalorados oyentes.

—En Puerto de Rey han apresado los naturales varios convoyes, y... señores, hay que tener en cuenta que Dupont se portó infamemente en Córdoba, y que, por lo tanto...

—Acabe V. ¿Qué ha pasado?

—Han degollado á los prisioneros que hicieron, entre ellos al general René, que estaba herido.

—Y ¿qué importa eso? V. es demasiado compasivo, Sr. Alcalá,—exclamaron algunos exaltados patriotas.

—¡Pero si yo comprendo que eso se haga, señores! Ya me figuro qué sentimientos de venganza no ha de albergar en su seno el pobre labrador que ve talados sus campos y reducido á pavesas el hogar de sus antepasados por esos abominables sicarios de Bonaparte, que hasta hace poco se preciaban de ser nuestros mejores amigos.

—Siga V., siga V., pico de oro,—exclamó el capitán retirado.

—Gracias por el piropo, mi capitán,—continuó diciendo D. Antonio;—pero ahora viene lo bueno. Derrotados por completo los franceses en Santa Cruz de Mudela por los valientes paisanos de la Sierra, esperaron el refuerzo que les traía Liger-Belair, que significa en español *Ligero bello aire*, y ya ven ustedes si tienen bonitos nombres los generales franceses...

—Al grano, hombre, al grano, que nos tiene V. fritos de impaciencia,—exclamó D. Cleto.

—Pues digo que, reforzados con 600 caballos que les trajo el general Liger-Belair, revolvieron los enemigos contra Valdepeñas, sin duda con ánimo de saquear sus bodegas; pero los valerosos vecinos

de aquella famosa y sagrada metrópoli vinícola alombraron de arena la calle Real, que viene á ser la carretera que atraviesa el pueblo, y sembraron la capa de arena con puntiagudos clavos y afilados hierros; ataron maromas de unas á otras rejas fronteras, levantaron barreras en las callejuelas y echaron la tranca á las puertas de las casas; por manera que así que penetró la caballería en el pueblo claváronse los caballos los agudos hierros, se encabitaron y derribaron á los jinetes, empezando entonces desde las ventanas una mortífera lluvia de pedradas, ladrillazos, agua y aceite hirviendo, acompañada de grandes salvas de escopetería y fusilería, en cambio de lo cual mandó Liger-Belair pegar fuego á las casas y degollar á todo el que fuese habido. Tuvieron más de cien bajas los franceses, ardió la villa y capitularon los valientes manchegos; pero tal miedo le cobraron los bonapartistas á Valdepeñas con lo sucedido que no juzgaron prudente quedarse allí y retrocedieron hasta Madrideojos.

## XI

—¡Eso entusiasmo!—exclamó D. Cleto.—¡Y pensar que nosotros estamos aquí lo mismo que unos papanatas, sin quedarnos más recurso que el de que nos salven las provincias!

La conversación se redujo desde entonces á comentar las noticias que trajo Alcalá Galiano, á quien á pesar de su corta edad escuchaban todos embobados.

Antonio Albenza, pensativo, no tomaba parte en la conversación. Sentía pena al pensar que Rosario debía refugiarse en un convento si quería estar segura; cosa que ella no sabía aún. Antonio se volvió á casa y no quiso demorar por más tiempo el anuncio de aquella triste necesidad, aunque sin entrar en pormenores.

—Hermana mía,—exclamó;—los tiempos son difíciles. Puede cualquier día haber una conmoción en Madrid. Estamos cercados de peligros, delaciones y mil desagradables contingencias, y yo, harto ocupado fuera de casa, no me perdonaría que pudiese sucederte nada por no haber estado á tu lado. ¿Te pesaría mucho, durante las actuales circunstancias, permanecer en un convento para estar con toda seguridad?

—Bien sabes, Antonio,—contestó la joven,—que

tu voluntad es la mía. Designa tú mismo en qué convento he de entrar.

—Donde tú quieras, hermana mía.

—¿Te parece bien en las Salesas?

—Precisamente allí mejor que en ninguna otra parte.

—Siendo así, espera un momento.

Al poco rato salieron los dos hermanos, y, previas algunas formalidades, quedó Rosario encerrada, en calidad de novicia, en el convento de religiosas de la orden de San Francisco de Sales.

Albenza estaba agitado hasta lo más hondo de su alma. En pocas horas había vuelto á contemplar la imagen de sus sueños tras larguísima ausencia, desapareciendo en breves momentos de sus ojos, quizás para siempre.

Su hermana tenía que separarse de él ante la amenaza de verse perseguida, y á su vez se veía sujeto él mismo á una voluntad que no conocía, pero

que daba muestras de poderío y de bastante extraña protección.

Por la noche se quedó en casa. Recostado en una anchurosa otomana, aparecíasele la imagen de Matilde, silenciosa y compasiva cual una diosa ante un mortal. Cerráronse pesadamente sus párpados y quedó inmóvil, como si hubiese huído de él toda voluntad.

Una lámpara de alabastro derramaba blanco resplandor en toda la estancia, haciendo resaltar la palidez del semblante del pintor, bello como la figura del dolor resignado.

Alzóse un tapiz, y en el marco de la puerta surgió una figura de mujer, con el rostro oculto bajo denso velo.

La desconocida se acercó sin ruido hasta llegar junto al joven, cuya respiración apenas se percibía, y, sentándose junto á él, le miró como embelesada.



## CAPÍTULO III

### Dúo

#### I

No estuvo mucho rato Antonio disfrutando de la quietud del sueño. Abrió los ojos, y quedó sorprendido al ver cerca de sí á la incógnita dama que le velaba el sueño.

—¡Señora!—exclamó el pintor, incorporándose en seguida, á la vez que cruzaba por su mente la idea de que estaba delante de la autora de las dos cartas.

—Señor de Albenza,—contestó ella,—no extrañaréis mi presencia en vuestra casa cuando os haya dicho el motivo poderoso que aquí me trae.

La voz de la desconocida temblaba ligeramente y resonaba llena de dulzura, revelando la juventud, y probablemente la belleza de la dama.

—Permitidme que por ahora no os descubra mi nombre,—añadió la joven;—pero básteos saber que no tratáis con ninguna aventurera.

Sin duda no sería intencionadamente el que la tapada dejase ver á Antonio una corona ducal primorosamente bordada.

—Próximo á entrar en Madrid el usurpador que Napoleón envía para ceñir en sus sienes la corona de España, trátase de constituir un contragobierno que aniquile cuantas disposiciones dé el rey intruso. Necesitamos para ello hombres de valer y osadía, y vos sois uno de ellos. Las juntas nombradas por el pueblo no suelen recomendarse por el mérito de los

que las componen. La que se forme aquí lo será, mediante la elección de personas de gran valer y de probado carácter. Vengo á preguntaros, pues, si queréis ser uno de los individuos del tribunal secreto, á la vez que á anunciaros que se cuenta con vos.

—Estoy siempre dispuesto á servir á mi patria en cualquier puesto,—contestó Albenza.

—Tenemos afiliados en todas partes,—prosiguió diciendo la dama,—aun en el campo francés. Vuestra libertad se ha obtenido con una simple palabra dicha á uno de los vocales de la Junta de Murat. Se trata, ante todo, de la independencia española, pero se trata también antes de asegurar la libertad que la monarquía.

—Conforme,—dijo Antonio.

—El Consejo de Madrid, esa junta secreta de que os he hablado, tratará de convocar Cortes, y empezará por hacer los trabajos necesarios para la elección de diputados.

—Seguid diciendo, señora.

—Al mismo tiempo conviene que las Américas no se estén quietas y que abran sus puertos á los ingleses, por manera que al que le toque en suerte tendrá que ir á levantarlas contra Napoleón.

—Está bien.

—En prueba de aceptación, y constituida ya una

logía, os presentaréis á recibir órdenes donde yo os conduzca.

—Cuando gustéis, señora.

—Pues ahora mismo.

—Ahora mismo,—contestó el pintor.

Una vez en la calle, dijo Antonio á la desconocida:

—¿Me permitiréis que os ofrezca mi brazo, señora?

—¿Cómo negarme á tal honor?—repuso la dama.

Y al decir esto, se apoyó en el brazo del pintor, estremeciéndose ligeramente.

Los dos se dirigieron hacia el Prado.

Un coche esperaba y subieron en él. La dama corrió las cortinillas.

Por fin, después de mil revueltas, el coche se detuvo.

Antes de apearse, su compañera pidió á Antonio le permitiese vendarle los ojos, á lo que éste no opuso reparo alguno.

Bajaron, y la dama le tomó por una mano.

Antonio sintió crujir bajo sus pies la arena de un jardín y acariciar su rostro por la frescura de los árboles.

—Quitaos la venda,—le dijo su misteriosa acompañante.

Obedeció Albenza y se encontró en medio de un círculo formado por unos cuarenta enmascarados.

## II

Era un antiguo jardín, iluminado entonces por la luna, el cual, libre sin duda de todo cultivo durante largos años, había adquirido cierto aspecto de selvática grandiosidad.

No creía Antonio encontrarse dentro del recinto de Madrid, y, sin embargo, las campanadas que resonaron al dar las tres de la mañana le hicieron recordar el sonido de las de San Sebastián.

Adelantóse uno de los encubiertos y, dirigiéndose hacia Albenza, le presentó un crucifijo.

—¿Juráis guardar el secreto de cuánto aquí oigáis, veáis y notéis?

—Sí: juro,—respondió Albenza.

—¿Estáis dispuesto á cumplir cuanto se os ordene, en bien de la independencia y la libertad de España?

—Sí: estoy.

—¿Juráis ser fiel á vuestros hermanos, ciegamente obediente á vuestros superiores y amigo de los oprimidos?

—Sí: juro.

—Quedáis admitido entre nosotros. La sociedad de los *Justicieros españoles* os acoge en su seno. Responden de vos quienes han dado pruebas de alto civismo y valor, y su recomendación es para nosotros la mejor garantía. Recibiréis instrucciones en tiempo oportuno: conservad entretanto esta medalla, que os dará á reconocer entre vuestros hermanos. Volved así que se os avise. La seña será *Cayo Graco*.

Antonio se retiró y notó con sorpresa que el jardín en que se celebraba la reunión era el de un renombrado grande de España que vivía en la calle de las Huertas. Enlazó esta circunstancia con el grito que había resonado en aquel palacio al pasar por delante, cuando eran conducidos presos á la cárcel él y sus amigos, y al punto acertó en quién era la dama que había penetrado hasta su domicilio aquella noche. Sí, no cabía duda: no podía ser otra que la duquesa de Orgiva, esposa de uno de los vocales de la Junta de afrancesados.

Albenza recordó entonces haber hablado muchas veces con ella en la tertulia de la condesa de Valmoral, viniéndole presente que su interlocutora le había dado muestras de cierto desvío en alguna ocasión. Apareciósele también á la memoria la figura de la aristocrática dama la postrera vez que la vió. Era la víspera de Navidad. Llevaba un traje de terciopelo rojo, formando escote por delante, con adornos de oro. Recordaba su profusa cabellera rubia, casi roja, sembrada de brillantes; sus ojos negros, su nariz ligeramente arremangada, su cabeza de gatita, las llamas de sus ojos, su boca, que parecía hecha para mandar y acariciar, su porte de reina, su voz de apasionado acento...

A medida que iba reflexionando el joven artista, veía surgir más completa y cabal la figura de su protectora, y acabó por reconocer que en aquella mujer había algo que no encontraba en otras: un estímulo á su ambición, la conciencia del propio valer, el móvil para acometer grandes empresas.

Pero Antonio no había sentido por Leonor más que una profunda admiración hacia su belleza, sin que se despertase en él ningún sentimiento de amor y ni siquiera de simpatía.

## III

Albenza estuvo durante algunos días esperando órdenes de la asociación. Al parecer se estaba preparando algo, pero no trascendía hasta él todavía.

Una noche, á primeros de julio, estaba Antonio pintando un bellissimo cuadro representando una escena veneciana inspirada en el *Otelo*, cuando tres discretos golpes le anunciaron la llegada de un visitante.

Corrió á abrir y se encontró delante de la duquesa, no ya tapada con el rebocillo, sino radiante de belleza.

Saludó graciosamente al pintor y fué á tomar asiento en la otomana. Iba vestida de maja, con suma riqueza y gusto, dejando admirar su traje lo diminuto del pie, la redondez de las espaldas y lo reducido de la cintura. Una colosal peineta dominaba el complicado laberinto de los ensortijados cabellos, por debajo de los cuales resaltaba vigorosamente el blanco mate de la cara. Un penetrante y dulce perfume había precedido á la aparición de la dama.

La duquesa parecía estar muy alegre y traer buenas noticias. Así se desprendía de su sonrisa y de la animación de sus ojos, sombreados por larguísimas y sedosas pestañas más oscuras que el cabello.

Antonio no pudo contener algunas frases de admiración ante aquella opulenta beldad, llena de juventud y lozanía.

—Gracias á Dios que una vez en la vida ha caído V. en la cuenta de que se me puede llamar bonita, —respondió ella;—pero de fijo conoce V. á quien me dejaría humillada á su lado. ¿Por qué no me enseña V. el retrato de su adorada y comparáremos?

Antonio, ó por cortesía ó porque realmente estuviese dominado por la maravillosa hermosura de Leonor, contestó:

—No hay para qué hacerlo, duquesa, puesto que es V. incomparable.

—Eso no lo dice V. de veras, —repuso ella.—Le creía á V. más formal y veraz.

—Repito que su belleza de V. es incomparable y única.

—¡Jesús mío! ¿Qué va á decir su dulce encanto si

llega á tener noticia de las palabras de V.? ¡Oh! ¡Qué hombres!

—Mi dulce encanto, señora, no diría nada, —repuso con amargo tono Albenza.

—En tal caso debe ser muda la mujer que V. adora.

—V. lo ha adivinado. Muda como un sepulcro era cierta mujer que ya no existe para mí.

—A veces eso en una amante es una ventaja.

—No cuando se tiene la voz de V., duquesa.

—Vamos, déjese V. de requiebros.

—Soy enemigo de lisonjas, Leonor. De mí no oirá V. más que verdades.

—Pues desde que estoy aquí ha olvidado V. ya dos ó tres veces el decirlo.

—¿Cuándo? No me haga V. estar con cuidado.

—Al llamarme incomparablemente bonita y al decir que su novia era muda.

—Repito que es V. hermosa como una visión celeste, Leonor, y que una mujer que me inspiró cierto extraño sentimiento es muda como la estatua del silencio: si no para los otros, para mí.

—¡Singular aventura! Muy enamorado ha de estar V. para llevar á tal extremo el idealismo de su amor.

—No he dicho que fuese amor, duquesa: he hablado de un sentimiento extraño, no de amor.

—Todo es amor, —repuso la duquesa con inquieta mirada.—Vil hipocresía es querer disimular con otro nombre lo que lo tiene propio y adecuado.

—¿Y V. cree, duquesa, que he estado enamorado de alguien?

—¿No amar un émulo de Rafael? ¿Tan poca cosa fueron para V. la Fornarina, la *Joconda*, Lucrecia, las amantes del Ticiano y mi buena amiga la duquesa de la Aurora, que no quiere V. seguir la senda que trazaron sus inmortales adoradores?

—Leonor, —exclamó Antonio, —¿qué puedo yo ofrecer á quien me ame? ¿Soy yo Rafael, Leonardo; Andrés del Sarto, Ticiano ó Goya? ¡Pobre de mí! Mi cabeza concibe creaciones inmortales: mi torpe mano es impotente luego hasta para bosquejarlas.

## IV

La duquesa despedía de sus ojos como un fluido magnético que envolvía y arrollaba al deslumbrado



- DUQUESA, NO RESPONDO DEL MÉRITO DEL CUADRO



artista. Poco á poco habíase ido tendiendo en la otomana hasta quedar en una posición de odalisca, apoyada en un codo y caído hacia fuera uno de los menudos pies, con la mantilla desprendida y centelleando los azabaches del corpiño á cada movimiento.

La humanidad no es perfecta, y nosotros la pintamos como es y no tal como desearíamos que fuese. Así Dante cuenta en la *Vita Nuova* cómo estuvo á punto de consolarse de la muerte de Beatrice Portinari. La pasión de Antonio por Matilde era un delirio, y la naturaleza recobraba sus derechos al colocar á Albenza al borde de un precipicio. Sabido es que el abismo causa vértigos. A menos de despojar al hombre de todas sus flaquezas, de cada cien veces, noventa es irresistible una seducción cuando la ejerce con todas sus poderosas armas una duquesa de Orgiva, sin más defensa que una pasión espiritual, casi abstracta, como era la de Antonio por Matilde.

—Ahora mismo,—prosiguió diciendo el pintor,—mi cabeza está llena de sublime inspiración. ¿Qué más podría yo desear para inmortalizar mi nombre que representarla á V. tal como la admiran en este instante mis ojos? Al ver su imagen de V. trasladada al lienzo, ¿quién no quedaría absorto ante la soberbia hermosura del semblante, ante la armonía de las líneas, ante la profunda atracción de la mirada? Y, sin embargo, al intentar siquiera fijar rápidamente en la tela la impresión de mi modo de sentir, conozco que temblaría mi mano, que se me escaparía el pincel y que arrojaría la paleta contemplándome impotente para reproducir lo que está grabado en mi imaginación con la intensidad de un aguafuerte de Rembrandt.

La duquesa le miraba como el domador al pobre león fascinado.

—¿Sería digno de mí ofrecerle á V. mi amor, comprometer á V. á hacer caso de mi entusiasmo, privado como estaría de corresponder en manera alguna á tal honor? Déjeme V., duquesa, entregado á sentimientos que sirven, al fin y al cabo, para entretener pasivamente mi falta de condiciones para ambicionar otros empeños y para albergar otras aspiraciones. Deje V. á este idealista soñador que siga apartado del mundo de la realidad y que entregue á los fantasmas de su imaginación los etéreos é impalpables amores de su espíritu. ¡Ah! ¡Cuán lejos

está la mano de la cabeza! ¡Cuán poco obedecen los órganos de la acción al órgano de la idea!

La duquesa no contestó, pero miró dulcemente á Antonio, que no podía soportar la brillantez de unos negros ojos medio entornados, clavados en él.

—Tanto se va V. defendiendo de la acusación de gran pintor,—exclamó de pronto la bella,—que sin duda esa escena que representa á Edelmira escuchando una relación guerrera de Otelo debe haberle inspirado alguno de esos fantasmas que V. adora.

—¡Es tan fácil pintar un cuadro en el que no se tiene más interés que el del arte! No es menester entonces que los espíritus vengan á ayudar: basta sólo la noble idea de la belleza artística.

—¿Y cree V. que no podría hacer de mí ningún cuadro con sólo esa noble idea que V. dice?

—Duquesa, la belleza sería tanta que el pintor llegaría á codiciarla para sí. Pensaría más en el modelo que en el asunto, y sus ojos, deseosos de no perder un solo minuto de contemplación, no guiarían al pincel, inmóviles ante el portento de hermosura que tendrían delante.

—Vamos, ya veo que se niega V. á retratarme, y eso que tenía muchos deseos de poseer mi original trasladado al lienzo por V.

—No me niego á nada, duquesa; pero no respondo del mérito del cuadro.

—Respondo yo. Pero si vienen los fantasmas...

—Si vienen una vez y la ven á V., huirán ante el conjuro de su divino rostro.

—Se vuelve V. muy adulador cuando tiene que habérselas con pobres mujeres de carne y hueso.

—¡Si supiese V. qué delirio es oír cómo van saliendo las palabras de una boca de rosa y qué doloroso es no escuchar una sola frase de unos labios de mármol! Los fantasmas mudos tienen horror de la voz humana, y si yo la retrato á V. ha de parecer á cualquiera que la mire que está V. hablando dulcemente, diciendo cosas que suenan en el oído como divina música.

—Quedamos, pues, en que va V. á sacarme de tal manera que parecerá que esté hablando. Pero se puede hablar de muchas cosas.

—Hablando de *La dama duende* de Calderón.

—Está bien. Unos duendes ahuyentarán á otros. Será una batalla bonita y de poco ruido.

Leonor se despidió, y Antonio quedó profundamente conturbado con lo sucedido.



## V

A la noche siguiente la duquesa volvió al estudio del pintor para dar comienzo al retrato, representada en traje de dama del tiempo de Felipe IV, según la comedia de Calderón de que habían hablado.

—Leonor,— exclamó Albenza,— va V. á poner muy á prueba mi habilidad. ¿Quién osaría pintar el sol del mediodía mirándole cara á cara?

—Si no lo han pintado,— contestó ella,— nadie ha tenido reparo, en cambio, en hacerle versos dando cuenta de todas sus perfecciones: señal, pues, de que se le puede contemplar. ¿Es V. más aficionado, acaso, á mirar la luna?

—Sí lo soy, duquesa, y aun no me disgusta que me mire á mí. La luna es amiga de los enamorados y de los artistas.

—Y ¿V. es amigo suyo tan sólo como artista?

—Como artista tan sólo; pero temo que no deba pedirle también favores en otro concepto. Además, la luna debe ser, si no me engaño, protectora nata de las damas duendes.

—Nada costaría saberlo.

—¿Quiere V. que lo probemos? Estamos en Atocha. Los árboles son frondosos, y con la claridad que despide ha de ser delicioso espectáculo el de seguir con los ojos á la reina de la noche.

Salieron del brazo los dos... no sabemos si decir enamorados, y luego llegaron al paseo de las Delicias, solitario y silencioso á aquellas avanzadas horas.

—¡Qué bien se está aquí!— exclamó Leonor.— ¡Felices los que cifran tan sólo en la dulce compañía de otro ser la ambición de su vida! ¿Qué valen las vanidades del mundo comparadas con la dicha inefable de sentirse amada, de considerarse adorada por el que se adora y de oír á cada momento, sin testigos, en la soledad de la noche, palabras de amor y frases de acendrada ternura?

—¡Leonor!— murmuró Antonio.

—¡Qué carga tan pesada aparecer con forzada sonrisa, con estudiado ademán, sin decir más que palabras aprendidas y disimulando los sentimientos espontáneos! ¡Qué dicha poder expresar lo que el corazón siente, mirar con libertad, reír, llorar y moverse sin trabas, ni temores, ni acompasadas reglas! ¡Qué feliz soy ahora, libre como el aire en esta solitaria arboleda!

—¡Leonor!— volvió á murmurar Antonio, que sentía hacerse pedazos su antiguo amor.

—No hay nada comparable con el placer de no tener el corazón oprimido, de amar al que el corazón quiere por dueño. Triste cosa es pasar la vida ahogando un sentimiento, cual madre que ahoga al hijo de sus entrañas. El cielo es ancho para que todos puedan caber debajo; las estrellas son innumerables para que todos los amantes tengan una que mirar en sus ausencias. Ser libre de las acciones y de los pensamientos y de las palabras, ¡qué riqueza mayor! Recibir la dulce claridad de la luna, solos, ¡qué dicha!

—¡Leonor, Leonor!— repuso Albenza con voz embargada por la emoción.— ¡Feliz quien te oye, quien te lleva consigo ahora! ¡Dichoso quien haya encontrado una vez tu mirada cruzando con la suya, quien haya respirado el aroma de tu cuerpo, quien una vez tan sólo haya ocupado un minuto de tus sueños! ¡Dichoso quien haya gozado de las delicias de tu voz, quien te haya visto pisar, gentil y esbelta, la tierra, para pisar tus huellas! ¡Dichoso quien con la punta de sus dedos haya alcanzado la felicidad suprema de sentir el roce de un hilo de tu vestido!

—¡Antonio!— exclamó la dama, rendida al penetrante acento de su amador.

—¡Tuyo, tuyo soy!— respondió Albenza.— Huyan de mi mente para siempre las amargas ilusiones. Tú eres mi corazón; por ti siento cómo late. ¿Por qué no te amé más pronto? Parece que despierto de horrible pesadilla. Es el amor el que siento vibrar ahora en mis sentidos, cual si saliera de un antro de oscuridad y sangre. Tú eres la luz, tú eres la patria, tú eres la mujer que yo había de amar; tú hablas, me dices que me amas y no me miras como aterradora esfinge; tú eres el arte, la inspiración; el ardiente resplandor del mediodía te presta el fuego de la mirada y el calor del sentimiento. Tú no eres la diosa impassible de ojos azules y misteriosa frente: eres la razón, la libertad, la vida. A tu lado yo me siento dichoso y libre. Tus pupilas son como el cráter iluminado por el fuego del volcán, no como la nieve traidora que cubre un precipicio. Tu frente es pura y tersa como la de esta luna que nos alumbraba: no hay en ella pliegues de doble sentido, ni extraños fruncimientos. Es tu voz alegre, juvenil y pura, sin que dé sospechas de pasadas catástrofes ni de recónditos sentimientos. Eres ramillete de

azucenas y claveles, de encarnadas rosas y fragante albahaca: no corona de exóticas é inodoras camelias y dalias y extraños tulipanes de rígida corola.

Leonor, loca de amor y trasportada con las palabras de Antonio, dichas con arrebatador acento, habiase sentado en un banco, bajo las extendidas y

frondosas ramas de un viejo álamo. Antonio se puso de rodillas ante ella, y ambos permanecieron silenciosos y ebrios de placer hasta el cercano día.

El ruido de alguna tarda carreta y el canto de las matinales alondras les hizo volver en sí.

La gentil pareja se despidió en la plazuela de An-



—¡Leonor, Leonor!—repuso Albenza con voz embargada por la emoción.

tón Martín, resonando un beso muchas veces repetido, tras del cual se oyó tan sólo el rumor de un coche.

VI

Antonio no debió echarse en cara ninguna traición. Ningún compromiso más que la voluntad le ligaba con Matilde. Mientras no la vió, en nada disminuyó el fervoroso culto que la había profesado desde un principio; pero el convencimiento de que nada tenía que esperar de ella, adquirido al apare-

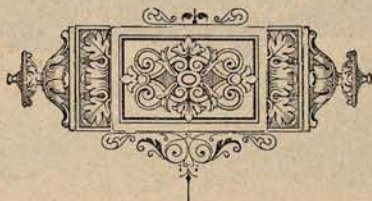
cersele nuevamente, á la par que le había causado una profunda desesperación, le había herido también en su orgullo. De pronto nada había notado Antonio; pero luego, al reflexionar que su amor había sido despreciado, que Matilde tenía un amante y que él estaba condenado á verse desairado y pospuesto, sintió nacer en su corazón vivos deseos de amar á quien pudiera amarle, desarrollándose en su alma una verdadera crisis amorosa, más temprana en otros, pero que en Antonio no había estallado antes por la sublime y contemplativa manera con que ha-

bía adorado á Matilde. La oportunidad fué también poderoso motivo para que quedase prendado de la duquesa, pues Antonio se encontraba anhelante de oír una frase cariñosa dicha por una mujer amante que le curase la dolorosa herida causada por el silencio de Matilde, cuyas miradas de compasión le habían afligido más que una violenta y franca negativa.

En cuanto á la duquesa, no merecía menos disculpa. Era española, y su marido pertenecía al partido afrancesado. Era joven y generosa, y el duque era viejo y malo. Sentíase hecha para aspirar á ejercer grande influencia en bien de los destinos del país, y el duque se había complacido en contrariar todos sus planes. Una vez estuvo á punto de causar la caída de Godoy, y el duque lo salvó sólo por ser obra de su mujer. Hubiérase dicho que sentía envidia de su talento. Por lo demás, las costumbres disolutas del afrancesado le habían hecho olvidar por completo todas las consideraciones de que era deudor á la que

le había dado, con su mano, las riquezas de que disponía. El duque era un mosaico de todos los vicios, grandes y pequeños, que caben en un hombre sin decoro ni conciencia.

Leonor había sido la mujer más admirada de la corte, pero jamás había dado motivo alguno á que se murmurara de ella y supo siempre mantener á gran distancia á cuantos petimetres de la época osaron acercarse algo más de lo conveniente. De aquella boca ardiente salieron palabras que helaron la sangre á más de cuatro émulos del marqués de P.—Leonor estaba disgustada en medio de aquella gente. Repugnábale la hipocresía que allí reinaba, la suma estolidez de los hombres y la depravada corrupción de las mujeres. Buscaba en las regiones del arte el ambiente que no encontraba en la vida de su clase, y así fué cómo insensiblemente fué enamorándose de Antonio, al cual veía poseído de diversos sentimientos que á los pisaverdes que mariposeaban á su alrededor.



## CAPÍTULO IV

### José en Madrid

#### I

EN la reunión celebrada en el jardín del palacio de la calle de las Huertas el día 15 de julio de 1808, se trató de graves cuestiones y adquiriéronse fatales noticias. Acercábase José Napoleón á Madrid y las tropas de Blake habían sufrido una derrota completa en Rioseco. De lo primero fué de lo que más se habló; en lo segundo se ocuparon para manifestar cada cual las esperanzas de próximos desquites y para censurar á los generales españoles.

—La batalla de Rioseco se ha perdido por culpa del general Cuesta,—exclamó uno de los conjurados. —Tan arrogante como soberbio, y cegado por su enemistad con Blake, ¿qué tiene de particular que los franceses se aprovechasen de esas rencillas que obligan á tirar á cada general por su lado? Nuestro deber ya sé que consiste en decir que hemos ganado; pero ahora que nadie nos oye, debemos decirnos la verdad sinceramente. En Rioseco hicieron prodigios de valor los guardias de corps, los paisanos, la oficialidad; y, sin embargo, ¿no merece amarga censura la obstinada ceguera é ignorancia de D. Gregorio de la Cuesta, tan engreído con su faja de general, tan duro con cuantos le tratan, tan obstinado en sus resoluciones? Frente á Bessieres es donde debía mostrar su arrogancia, que no contra el paisa-

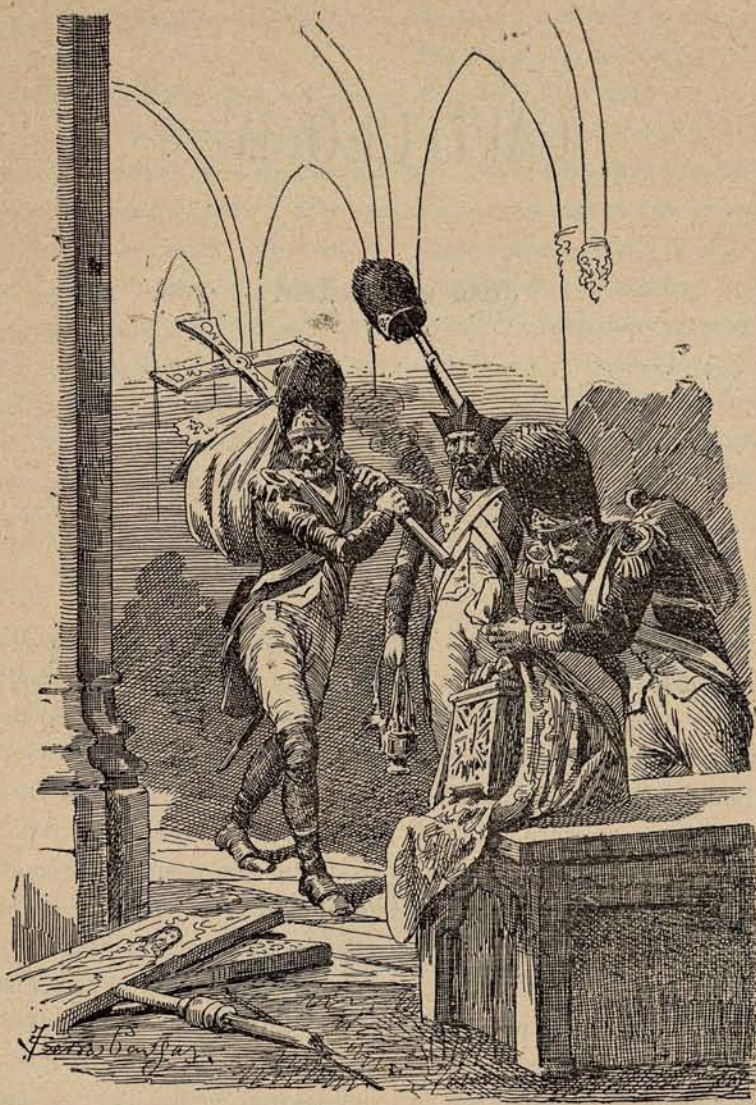
naje de Castilla y de León. Mas no fué así: celoso de la gloria que pudiese adquirir Blake, colocó sus tropas separadas por un largo espacio de las de su rival, con lo cual fácil le fué á Bessieres el interponerse y batirlos sucesivamente. A esas rivalidades debemos haber perdido 4,000 hombres y sólo 1,000 los franceses, como á las rencillas de Cuesta y Blake puede agradecer Rioseco las espantosas escenas de saqueo, matanzas, violaciones, robos, incendios y crímenes á que se entregó el enemigo. Nada nos hubieran importado las cuarenta casas quemadas; pero sí deben importarnos mucho las doncellas y las monjas que, conducidas al campamento francés, fueron violadas hasta que fallecieron. ¡Contento habrá quedado el viejo D. Gregorio al considerar el resultado de su miserable envidia!

—No es envidia: es traición de Cuesta,—repuso otro.—Su anterior derrota en Cabezón no puede explicarse más que como infame venganza por haberle hecho abrazar á la fuerza la causa nacional. Son ya dos las batallas que ha dado y ha dejado perder. A lo menos Blake dió muestras de valor en Rioseco, pues peleó siempre en la vanguardia y perdió uno de sus caballos; empero, para hacer más patente la traición de su rival, ¿no basta el hecho de sembrar la indisciplina en el ejército de Blake, consiguiendo

que le abandonase un regimiento de provinciales? Y luego, cual si quisiera haber hecho más completa la derrota, persistía en oponerse á la retirada de Blake hacia el Vierzo, obstinándose en retenerlo en las llanuras de Castilla para poder ser hecho más

fácilmente prisionero. Esto es lo que intentaba el veterano, rígido y ordenancista D. Gregorio de la Cuesta.

—¡Qué infamia! Y, entretanto, José Napoleón se acerca...



Saqueo de las iglesias de Córdoba por las tropas de Dupont

—Se acerca y pronto lo tendremos aquí. Ved, pues, si necesitamos unir nuestro esfuerzo, ya que de nosotros solos depende la suerte de España. Rabia y desesperación ha de causarnos el ver que los que debían resistir la usurpación son los primeros que la han reconocido. Ahí tenéis, si no, al infante don Luis de Borbón, cardenal de Escala, arzobispo de Toledo. Pues bien: él, un Borbón, ha reconocido antes que nadie la soberanía de José Napoleón, escribiéndole con fecha 22 de mayo, fresca aún la sangre

de las víctimas de Madrid, una carta asquerosa, felicitándole por su elevación al trono. La servidumbre de Fernando, es decir, Escoiquiz, el duque de San Carlos, el marqués de Ayerbe, el marqués de Feria, Correa y Macanaz también han corrido á postrarse á los pies del ex rey de Nápoles. Los antiguos próceres son ya ministros de la nueva dinastía. Dicen, sin embargo, que Jovellanos no aceptará, cosa que no era menester decir, pues hartó le conocéis todos; pero sí los otros: Urquijo, Cevallos, Azara,

Mazarredo, Cabarrús, Piñuela. Están arreglados también los cargos palaciegos: gentil hombre, el conde de Santa Coloma; montero mayor, el conde de Fernán-Núñez; sumiller de corps, el marqués de Ariza; coronel de walonas, el príncipe de Castel-Franco. ¡Ya veis cómo nos secunda la nobleza! Sólo puede consolarnos el recibimiento desdeñoso que le hacen los pueblos, por más que diga la *Gaceta* que enloquecen de júbilo al paso del usurpador. El conde de Campo-Alange hará de alférez mayor y llevará el pendón real en la proclamación.

—Pero ¿qué podremos hacer, abandonados de tal suerte?—preguntó uno de la reunión.

—Voy á exponeros mi plan,—continuó diciendo el que estaba hablando.—Ante todo, y por más que me duela tener que confesarlo, reconozco que el usurpador tiene humanitarios sentimientos; que es afable, cortés, instruído, morigerado y que viene con buenas intenciones. Tal vez en otras circunstancias hubiera podido hacer la felicidad de España; pero la manera vil y alevosa, los procedimientos abominables con que el emperador ha dispuesto del trono español, no consiente que icemos contra él más que bandera negra. Rechazo, por lo tanto, toda tentativa de regicidio, pero no el apoderarnos de su persona y guardarle en rehenes. Seis de nosotros, montados en buenos caballos, esperarán á que pase el intruso por la calle Mayor, emboscados en la del Sacramento. Otros seis cuidarán de promover un alboroto para que se detenga la carroza. Dos arrojarán bombas entre la carroza y la escolta, y, en la confusión, los seis jinetes arrebatarán del coche á José y para impedir la persecución arrojarán á la entrada de la calle sacos de clavos y picos para detener la caballería. Al llegar á la plaza del Cordón entrarán los seis en mi casa con el prisionero. Una vez allí, ya sé donde hemos de ir á parar. El fondo de la cisterna comunica con los subterráneos de cierto palacio cuya existencia ignoran los dueños, y desde allí dictaremos nuestra voluntad al emperador. La señal será el grito que daré de ¡*Viva Fernando VII!*

—El plan es expuesto é inseguro,—dijo uno.—La escolta que llevará el rey José será harto sobrada para precaverle de toda tentativa.

—No importa: es el único medio que nos queda. Repito que el asesinato me repugna. No así si se tratase del emperador: para éste, todas las muertes me parecen pocas.

Púsose á votación y se adoptó por unanimidad el plan propuesto. Sorteáronse los catorce á quienes tocaba llevarlo á término, y la suerte quiso que Antonio Albenza debiese figurar entre los que debían arrebatarse de la carroza á José Napoleón.

## II

Llegó en esto el 20 de julio. A las seis de la tarde las salvas de artillería y las campanas de las parroquias tocando á difuntos anunciaron la llegada del usurpador, que hizo su entrada por la puerta de Alcalá, siguiendo por la calle del mismo nombre, atravesando la puerta del Sol y entrando luego en la calle Mayor.

Los seis hombres se hallaban apostados en la calle del Sacramento. Iba acercándose la comitiva. La calle estaba casi desierta. El calor era sofocante. De pronto oyóse un grito de ¡*Viva Fernando VII!*, y algunos hombres empezaron á gritar también. Corrieron los escasos espectadores que presenciaban el paso del intruso, detúvose la carroza, y dos enmascarados lanzaron detrás del carruaje varias granadas de mano. Las granadas, empero no estallaron. La escolta se precipitó á los lados del coche, y los seis jinetes de la calle del Sacramento huyeron á uña de caballo, esparciendo tras sí varios sacos de agudos garfios y puntas de hierro.

Un soldado de caballería recogió una granada y vió que estaba cargada con arena.

## III

Por la noche reunióse toda la logia, excepto el encargado de preparar los proyectiles.

Era el traidor un boticario de la calle de Lavapiés, perfectamente conocido por sus exageradas ideas republicanas.

¿Qué causa había motivado su defección?

Tal vez, si sus compañeros y amigos se hubiesen fijado en cierta naranjera de tez morena y ojos azules, hubieran sospechado que el discípulo de Dioscórides la tenía y demostraba harta afición; hubieran visto como Juanilla pasaba largos ratos en la trastienda y que nunca dejaba de esperar al dueño á su vuelta de la logia; y hubieran visto cómo, fingiéndose gran patriota, había pedido se le confiara á ella el cuidado de llenar de pólvora las granadas. Fortu-

na fué que el digno farmacéutico no le hubiese dado más detalles que aquél, pues de seguro que todos los conjurados hubieran sido aprehendidos antes de moverse de sus casas.

El infeliz, sin embargo, se portó como un émulo de Robespierre, cuya memoria invocaba de continuo; por lo cual, propinándose un dracma de óxido arsenioso, dió fin á sus días así que supo la involuntaria traición que había cometido, denunciando á la verdadera causante del malogro de la tentativa.

—Creo, amigos míos, que hemos cumplido todos con nuestro deber,—dijo el presidente de la reunión. —No es nuestra la culpa si se ha frustrado el propósito que abrigábamos.

La *Gaceta* del día siguiente no dijo una palabra acerca de la ocurrencia de la calle Mayor, pero no han faltado historiadores que hablen de aquel *viva* á Fernando VII, considerándolo como anuncio de alguna trama contra el rey intruso.

José llegó á palacio bastante inquieto. La noticia de la batalla de Rioseco no le había causado gran efecto, atribuyendo con razón el triunfo de los franceses tan sólo á las pésimas condiciones de Cuesta,

empeñado en hundir á Blake y cooperando á su derrota. Rodeado de sus íntimos, entre los cuales había Ceballos y Azara, exclamó el intruso:

—El día, que ojalá esté lejano, en que esos bravos españoles lleven al frente á un general nada más que mediano, van á derrotarnos cual no pudieron hacer nunca los grandes estratégicos del Norte.

El día de Santiago verificóse la proclamación, haciendo, como ya se sabía, de alférez mayor de los reinos el conde de Campo-Alange, por haber huído de Madrid el verdadero titular, que lo era el marqués de Astorga, conde de Altamira. En la jura hubo de todo: algunos se negaron á las claras y resueltamente, otros buscaron evasivas, y algunos lo hicieron, como se dijo después, con *reservas mentales*, atentos á ver venir.

Coincidió con la entrada de Pepe Botellas, como sin fundamento alguno empezó á llamársele por Madrid, la del mariscal Moncey, rechazado de Valencia. Pero no paró aquí todo, sino que el *mismo día de la proclamación, el mismo día de Santiago*, recibió en Madrid la noticia de la victoria de BAILÉN, alcanzada por Reding y Coupigny.



## CAPÍTULO V

### Bailén

#### I

EL lector no tendrá, sin duda, inconveniente en trasladarse con nosotros á Sevilla, donde ya recordará dejamos al enamorado Arjona y á su no menos enamorada condesa, sin olvidarnos de Jesu-sito, el monago, hecho ahora todo un gentil mozo.

A la llegada de nuestros viajeros, que se efectuó á mediados de junio, estabase organizando el excelente ejército cuyo mando se había confiado al general Castaños. Impaciente Arjona por ocupar un puesto, había conseguido que Teresa se conformase con que por de pronto dejase de consagrarse al amor para prestar culto antes que todo á la santa patria; y bien que con honda pena, pero con noble resignación, habíase la hermosa joven despedido de su amado, refugiándose en uno de los monasterios de la ciudad.

A últimos de junio súpose que Dupont, inquieto en Córdoba por el temor de que el ejército de Granada y las numerosísimas partidas que pululaban en Sierra Morena no le cortasen la retirada á Madrid, había retrocedido á Andújar. ¡Retroceder de Córdoba á Andújar no era, por cierto, el mejor camino para ir á Cádiz! Sabíase, además, que, cumpliendo las autoridades españolas de Córdoba la promesa hecha á Dupont, eran esmerada y cariñosamente atendidos los heridos y enfermos que allí dejara para

no ir embarazado en su triste movimiento retrógrado.

Había el general Castaños establecido su cuartel general en Utrera y Carmona, donde se iban reuniendo las fuerzas procedentes de Cádiz, Sevilla y el campo de San Roque, amén de los voluntarios que acudían de todas partes. Las tropas de Granada, puestas al mando del general Reding, gobernador militar de Málaga, que tenía por segundo al bizarro Abadía, debían por el camino incorporarse también al ejército de Castaños. No quería este general entrar en campaña, sin embargo, hasta haberse organizado un campo atrincherado delante de Cádiz; pero la impaciencia del pueblo y las conminaciones de la Junta de Sevilla hubieron de decidirle á ponerse en movimiento para ir á atacar á Dupont, fortificado en Andújar.

El 1.º de julio llegaba Castaños al Carpio, extendiéndose por la orilla izquierda del Guadalquivir, mientras Reding, procedente de Granada, se reunía con él en Porcuna el día 11. Celebróse inmediatamente consejo de generales, y resultó poder contarse con 25,000 infantes, 2,000 caballos y 60 piezas de artillería, además de algunas partidas sueltas de caballería y de varias guerrillas, destinadas á operar como columnas volantes á las órdenes de D. Juan



de la Cruz Mourgeón y de D. Pedro Valdecañas. Dichas tropas fueron repartidas en tres divisiones y una reserva, al respectivo mando de Reding, Coupigny, Jones y La Peña.

Nada más animado que el aspecto que ofrecía aquella villa con la aglomeración de tantas fuerzas. No era ciertamente muy brillante la instrucción militar de mucha parte de los combatientes ni muy perfecto su armamento y equipo, aunque la artillería, la mayor parte de las tropas de Castaños y los suizos de Reding nada dejaban que desear como organización y disciplina; pero en cambio nada más hermoso que el entusiasmo y la decisión de que daban muestra los bisoños y voluntarios, aun los más avezados á la vida libre del contrabandista ó del serrano de bravío genio.

Grande fué el contento que experimentaron Geromo, Arjona y Jesusito al encontrarse en la plaza de Porcuna, bajo los portales de la plaza.

—¿Qué tal ha ido eso?— le preguntó al chispero el teniente de guardias de corps mientras le abrazaba con efusión.

—Bravamente,— respondió Geromo.— No hubo día, mientras estuvimos en la Sierra, que no despachurase á algún gabacho. Dale que dale Dupont en mandar correos á Madrid para que le enviasen refuerzos, y dale que dale nosotros en que ninguno pudiese pasar más allá de la Carolina. ¡Buena va la cosa, D. Ramiro!

Constante en sus aficiones, formó Geromo entre los guerrilleros de Villacañas, mientras que Arjona con el empleo de comandante, y Jesusito hecho sargento, ingresaron en las filas de la división de Reding, que salió aquel mismo día con dirección á Jaén.

Todo era alegría en nuestro campo: sabíase, es verdad, que Dupont había recibido de refuerzo las divisiones de Vedel y de Goubert que le enviara Savary, con lo cual su efectivo pasaba de 20,000 hombres, aguerridos como pocos; pero no se ignoraba tampoco que su situación era terriblemente crítica.

Sí: no se ignoraba que Lefebvre Desnouettes había tenido que levantar vergonzosamente el sitio de Zaragoza.

No se ignoraba que el mariscal Monecy había sido rechazado vergonzosamente de Valencia, después de sufrir tremendas pérdidas, no parando hasta Madrid.

No se ignoraba que las tropas de Dupont estaban mal alimentadas, á media ración, reducidas á tener que comer cebada mezclada con el trigo, y cabra si alguna vez querían comer carne.

No se ignoraba que no les sentaba bien á los franceses aquel clima abrasador, que ni siquiera el vino podían probar, y que el agua del Guadalquivir, tibia siempre, les ponía enfermos. Si ahora, Dios mediante, vencían los españoles á Dupont, ¿qué duda tenía que iban á entrar en seguida en Madrid las tropas, y con ellas los ejércitos de Extremadura y de Valencia? Y, en tal caso, ¿cómo no arrojar en seguida á Francia al intruso que había enviado aquí Napoleón para hacer de rey?

## II

Precisa, antes de pasar más adelante, decir en qué forma estaban situados los franceses. Dupont, con la división Barbou, se hallaba fortificado en Andújar; Vedel, con otra división, á su retaguardia (6 leguas de Andújar), teniendo destacado á Liger-Belair con 1,000 hombres para custodiar la barca de Menjibar; y Goubert, con otra división, en la Carolina, más allá de Bailén aun, con encargo de vigilar los pueblos de la Sierra: por manera que estaba muy diseminado aquel ejército. El temor de Dupont era que los españoles, entrando por Baeza, Ubeda y Linares, no se apoderasen de los desfiladeros de Sierra Morena y le cortasen la retirada á Madrid.

Entre Andújar y Bailén el terreno es llano, plantado de olivares, no empezando á subir hasta cosa de una legua de la segunda población. Por en medio, de este á oeste, pasa la carretera de Córdoba á Madrid, y, formando cruz con ella, discurre, cuando llueve, el humilde Rumber. A mano derecha, viniendo de Andújar, yérguese la cordillera Mariánica. A mano izquierda extiéndese la vega bajando en declive bastante pronunciado hacia el caudaloso Guadalquivir.

Andújar, ciudad que conserva aún en nuestros días gran parte de sus antiguas construcciones árabes, hállase al pie de Sierra Morena y á 1,200 pasos de la derecha del citado río, sobre el cual hay un vetusto puente. Dupont fortificó las orillas del río, aspilló las torres moriscas y tomó otras medidas de defensa.

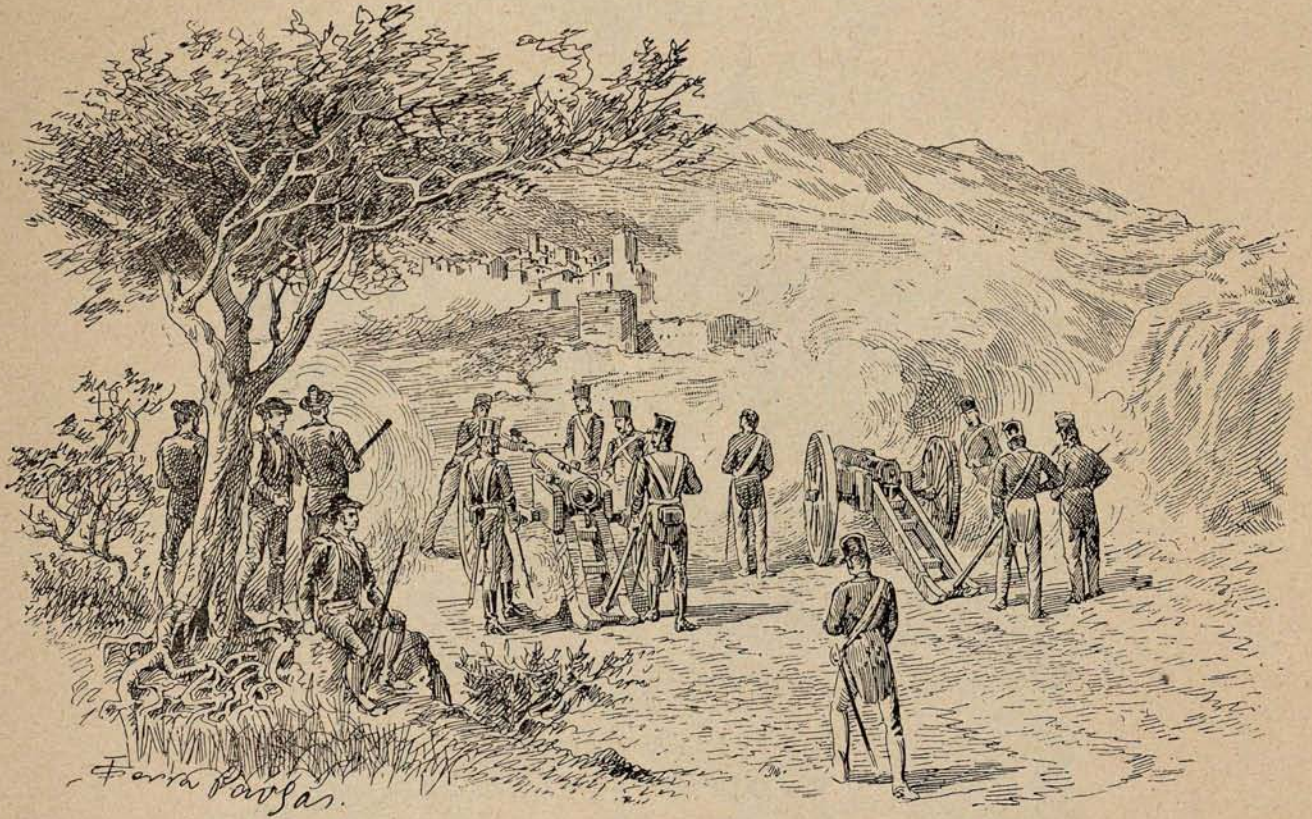
Bailén, por último, cercado de elevados cerros,

está magníficamente situado sobre la carretera de Madrid á Sevilla, dominando, por entre aquéllos, Despeñaperros y el vado de Menjíbar, y siendo la llave de los desfiladeros de Sierra Morena.

Dicho esto, se comprenderá cuál era el plan de campaña acordado por nuestros generales: Reding, saliendo de Jaén, iría á cruzar el Guadalquivir por la barca de Menjíbar y se apoderaría de Bailén para cortar la retirada al enemigo, sosteniéndole el marqués de Coupigny, que pasaría el río por Villa-

nueva; Castaños, con la división Jones y la reserva de La Peña, atacaría de frente á Andújar para distraer á Dupont; y las tropas ligeras de D. Juan Cruz molestarían el flanco derecho del general en jefe, pasando el río por Marmolejo.

Dispuestas así las cosas, comenzó Castaños su movimiento sobre Andújar, y ya el día 15 ocurrieron algunas escaramuzas. Los nuestros obligaron á retirarse á las avanzadas francesas, pelearon con admirable denuedo los guerrilleros de Cruz, y Cas-



... cañoneó terriblemente la población...

taños, juzgando prudente no pasar todavía el río, cañoneó terriblemente la población desde las eminencias que dominan el Guadalquivir, llamadas *los Visos*. No hubo más por entonces; pero inquieto Dupont, mandó un aviso á Vedel, el que estaba en Bailén, para que le enviara un batallón ó una brigada; orden que el divisionario cumplió demasiado bien; pues, deseoso de complacer á su jefe, le envió no una brigada, sino que se fué para Andújar con toda su gente, dejando únicamente á Liger-Belair con 1,300 hombres para que guardaran el paso de Menjíbar. Conducta tanto más imprudente en cuanto ya aquel día habían comenzado á hostilizarle las tropas de Reding.

No ocurrió gran cosa de particular delante de

Andújar el día siguiente 16, pero si algo importantísimo en Menjíbar, como si el cielo quisiese que aquella fecha, la de las Navas de Tolosa, hubiera de ser siempre gloriosa para nuestras armas luchando en Sierra Morena.

### III

Había el bravo Reding salido de Jaén con sus 8,000 hombres, suizos y voluntarios, camino de Menjíbar, presentándose á la vista de Bailén al mismo tiempo que comenzaba Castaños á atacar á Andújar. Después de haber pasado los nuestros el Guadalquivir por la barca de dicho vado, habían rechazado á las avanzadas de Vedel, obligando á

éste á salir contra ellos al frente de su división. Por aquel día no quiso el general, sin embargo, trabar formal batalla. No había hecho sino tomarle el pulso al francés.

Ya sabemos ahora con qué incomprensible imprudencia había abandonado Vedel su posición para volar en socorro de Dupont, temeroso de que Castaños no le hiciese prisionero en Andújar, y que sólo habían en Bailén 1,300 hombres á las órdenes de Liger Belair. La mañana del 16, pues, cruzó Re-

ding el Guadalquivir por el vado del Rincón, y, atacando al enemigo, le desalojó de todos los puntos que ocupaba, obligándole á replegarse á Bailén, en cuya sazón compareció, procedente de la Carolina, el general Gobert con tres batallones y un regimiento de coraceros. Atacaron éstos con ímpetu á los nuestros, pero resistieron los españoles como una roca, mientras los guerrilleros, ocultos en los matorrales, diezmaban al contrario.

Los coraceros, al mando del mayor Cristophe,



... mantuviéronse á pie firme...

dieron una carga terrible; pero los soldados de Reding, y en especial los voluntarios de Antequera, que recibían aquel día su bautismo de fuego, mantuviéronse á pie firme, cubriéndose de gloria. De pronto vióse apoderarse el más terrible pánico en la infantería francesa. Gobert acababa de caer del caballo, mortalmente herido de un balazo. Tomó el mando el general Dufour, y al momento mandó tocar retirada, abandonando á los nuestros el perdido terreno y metiéndose en Bailén. Reding, sin embargo, no quiso atacar todavía la posición, pues esperaba se le reuniese Coupigny para dar el golpe con toda seguridad. Repasó, pues, el Guadalquivir y vivaqueó en la orilla izquierda, muy satisfecho por haber descubierto el flanco débil del francés. Digno de recordación es que el sitio en que cayó muerto Gobert era aquel mismo *Campo de la matanza*, célebre en

la batalla de las Navas de Tolosa, dada en igual día, como ya dijimos.

#### IV

Reding no era un general vulgar, sino un militar de las más elevadas prendas. No convenía que el enemigo descubriese sus intentos, y en su vista mandó que los guerrilleros de Valdecañas se fuesen aquella noche á ocupar el camino que por Linares va de Ubeda á la Carolina, por detrás de Bailén. Un ataque por aquella parte era el *bu* de Dupont, y lo fué también del pobre Dufour, que de esta manera puso toda su atención en lo que podía venir de allí, sin acordarse del vado de Menjíbar. Creyendo, pues, que de un momento á otro iban á desembocar los españoles por la Carolina, abandona á

Bailén aquella misma noche y emprende la marcha hacia dicho pueblo.

La noticia del desastre experimentado por la división Gobert llenó de terror á Dupont, que lo supo pocas horas después, y la misma noche mandó á Vedel, apenas llegado á Andújar, que inmediata-

mente se volviese á reforzar á Dufour á marchas forzadas, y que, una vez derrotado Reding, regresase á Andújar para ayudarle contra Castaños. Partió Vedel casi sin racionarse, pudiendo esta vez decirse con toda formalidad que *iba solo*, y no fué poca su estupefacción cuando al llegar á Bailén se encon-



... extremaron sus demostraciones de patriotismo... entregándose á las mayores expansiones de alegría.

tró con que no había allí sino el corto destacamento que dejara Dufour en su desatinado retroceso á la Carolina. Pronto, empero, salió de su sorpresa. Sí, no había duda: aquella pachorra con que Castaños atacaba á Andújar; aquella incomprensible pasividad de Reding á la otra orilla del Guadalquivir, siendo así que lo natural era que hubiese dado alcance á Dufour en su retirada á Bailén; aquellas noticias respecto á los *grandes grupos* (!!) que los ex-

ploradores habían visto en el camino de Ubeda á Linares; todo indicaba que los españoles iban á apoderarse de la Carolina, á cerrarles el paso. Aquello de atacar la barca de Menjíbar había sido una grosera mixtificación: el peligro estaba en los desfiladeros por donde se salía á la Mancha.

Y Vedel se fué también para Guarromán y la Carolina, no acto continuo, porque el termómetro señalaba 40° Reaumur, sino al caer de la tarde.

Llegó el día 17. Reding esperaba á Coupigny. Pasó el río por la tarde, y al amanecer del siguiente día (18) reuniásele la expresada división, una de las mejor organizadas del ejército de Andalucía, compuesta de los guardias walones, suizos de Granada y Málaga, regimientos de voluntarios de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo y Cuenca, zapadores y el regimiento de caballería de España, además de algunas partidas de guerrilleros que acompañaban siempre á nuestras columnas. Entraron en Bailén nuestros generales, y, contada su gente, resultó tener Reding á sus órdenes unos 14,000 hombres y 24 piezas. Los moradores de Bailén extremaron sus demostraciones de patriotismo y de fervoroso afecto á los valientes soldados de la Independencia entregándose á las mayores expansiones de alegría.

Dejaron Reding y Coupigny que descansaran las tropas, y decidieron que á media noche saldrían para Andújar á fin de coger á Dupont entre ellos y Castaños. Comenzó, pues, á moverse el ejército y hallábase ya la vanguardia cosa de una legua de Bailén, cuando ¡oh inexplicable sorpresa! tropiezan nuestras avanzadas con las avanzadas de una columna francesa, cambiándose vivo fuego.

Hallábanse Reding y Coupigny viendo desfilar sus tropas en un molino de aceite, á la izquierda de la carretera, y por de pronto no supieron á qué atribuir aquellos disparos, cuando les hizo abrir los ojos una granada que cayó á sus pies. No había duda: Dupont había abandonado á Andújar. El ejército español retrocedió á sus posiciones, y ya desde entonces comenzó algún tiroteo.

Dupont, en efecto, se había salido de Andújar, alarmado por haber notado el general Fresia, el día 17, la marcha de Coupigny, que estaba en los Visos con Castaños. Háblale seguido algún tiempo, y no le cupo duda que se dirigía á Menjíbar, ó sea hacia Bailén. Esto determinó á Dupont á ponerse al momento sobre dicho punto, tanto más en cuanto sabía ya que también lo había dejado abandonado Vedel. A haber Dupont llevado á cabo en seguida su resolución, «*hubiera cambiado su destino, y HASTA EL DESTINO DEL IMPERIO, QUIZÁS,*» dice M. Thiers; pero como era grande la impedimenta que llevaba y muchísimos los enfermos y heridos, tuvo que demorar un día la marcha, y en vez de salir el 17 salió el 18, entrada ya la noche, para que Castaños no lo advir-

tiese. Este mismo temor le obligó á disponer su columna de manera que el grueso formaba la retaguardia, por si acaso le acosaban los españoles. La vanguardia estaba formada de algunos batallones al mando de Chabert, en número de unos 2,600 hombres, ocupando el centro los bagajes. En tanto número eran éstos, que toda la columna se extendía más de dos leguas, á pesar de no constar sino de 10,000 hombres.

Antes de salir de Andújar cuidó Dupont de destruir el puente, y, como no le convenía meter ruido volándolo, lo inutilizó á fuerza de picos.

Gran falta de talento demostró Dupont retrasando la salida, desde el momento que sabía que no había nadie en Bailén y que Reding y Coupigny iban á reunirse. A haber ejecutado la marcha un día antes, hubiera podido ganarles la delantera á los españoles, pero estaba escrito que había de suceder así para que Napoleón I *el Grande* recibiese el golpe irreparable que había de ser el fundamento de su total ruina, el prólogo tremendo del drama que debía terminar en Waterloo.

## V

Eran las cuatro de la mañana cuando comenzó á formalizarse la acción. Los franceses, después de haber pasado el puentecillo sobre el Rumblar, se encontraron al pie de dos cerros que vieron coronados por fuerzas españolas. Rompióse el fuego con viveza, y por espacio de dos horas no pudo la brigada Chabert adelantar un paso, antes bien fué rechazado más allá del puentecillo, hasta que, llegando Dupont con numerosos refuerzos, replegáronse las avanzadas al cuerpo de batalla mandado por Reding y Coupigny.

Hallábanse todavía las fuerzas españolas formadas en tres líneas, que era en la disposición en que debían marchar á Andújar; pero con consumada habilidad, y gracias sobre todo al talento del inteligentísimo mayor general D. Francisco Javier Abadía, evolucionaron en otro orden hasta quedar formadas en disposición de hacer frente al enemigo.

Formaba el ejército en la pequeña llanura, un tanto ondulada, que hay delante de Bailén, apoyándose en el pueblo á retaguardia y en dos colinas cubiertas de espesos olivares por los flancos. Estaba dispuesto ahora en dos líneas y tenía al frente una

formidable batería de 24 piezas de á 12, al mando de los coroneles Juncar y La Cruz.

Desembocaron los franceses en la llanura y fueron recibidos con el mortífero fuego de nuestra artillería, que diezmó sus filas con la horrible metralla y bala rasa que vomitaba sin cesar. Trató entonces Chabert de responder á nuestros cañones con los suyos; pero tan certeros eran los disparos de la artillería española, que lo mismo era emplazar el enemigo sus piezas que desmontarlas en seguida; puntería que asombraba á todos.

Cuatro horas hacía que la vanguardia enemiga estaba pugnando en vano por adelantar terreno cuando llegó allí el resto del ejército francés: artillería, caballería, la brigada suiza, compuesta de los regimientos de Preux y de Reding (1), la brigada Pannetier y los marinos de la guardia.

Dióse orden á la brigada suiza de que entrase en la planicie y atacase el centro, y cumplió la orden, si no con entusiasmo, con bizzarria consumada, mientras que los dragones de Pryvé y dos batallones trataban de envolver la derecha española, mandada



... aumentado aún por el mortífero fuego que les hacían los guerrilleros de Cruz Mourgeón...

por Grimarest, pero sin conseguirlo á pesar de su furiosísima embestida, gracias al tino de Venegas, que acudió en su auxilio, arrollando entonces á los franceses en vez de ser arrollados por ellos. Batíanse unos y otros con encarnizamiento, «como gladiadores,» y era de ver cómo los franceses agonizaban con estertor rabioso al verse vencidos por aquellas huestes de bisoños; ellos, que habían paseado sus victoriosas armas desde Abukir á Friedland.

No escarmentado aún Dupont con el malogro de su tentativa contra nuestra derecha, mandó á los dragones que hicieran lo mismo contra nuestra izquierda, apoyados por la brigada Pannetier, mientras que Dupré, al frente de los cazadores de á caballo, intentaba cargar al centro; pero ¡vano, temerario intento! las dos líneas españolas, «ofrecien-

do en medio del campo de batalla el aspecto de un muro de bronce impenetrable,—dice M. Thiers,—no se dejaba romper.» De ello se convencieron por fin, con espanto, los franceses, y apoderóse de sus ánimos el más terrible abatimiento, aumentado aún por el mortífero fuego que les hacían los guerrilleros de Cruz Mourgeón, apostados á la izquierda del Rumblar.

Era horrible el calor del día. No había una gota

(1) Llevaba el nombre de Reding de cuando este ilustre general era su coronel. Ya se recordará que esos dos regimientos habían sido incorporados al ejército de Dupont por Murat cuando éste mandó á aquel desdichado general á Andalucía. Cuando llegó el día de Bailén habían desertado, sin embargo, gran número de suizos, que se batían al lado de sus bravos camaradas españoles. Preux no se movió ya del lado de los franceses.

de agua que mitigase la sed ni un árbol que prestase un palmo de sombra á los abrasados rostros. Los ancianos no recordaban una jornada más ardiente. Los franceses, debilitados por el hambre, extenuados por el cansancio, pero más cruelmente martirizados aún por la sed, dejaron de atacar á

los españoles para apoderarse del molino de aceite en que dijimos había caído la granada á los pies de Reding y Coupigny; pero no estaban dispuestos á dejárselo arrebatarse los nuestros, y en parte alguna fué más feroz la lucha con serlo tanto en todas sus partes.



Y Dupont, irritado, terrible,... pasó á caballo...

Por su parte, los bravos moradores de Bailén, hombres, mujeres y niños, despreciando el temible fuego del enemigo, hacían incesantes viajes desde el pueblo al campo español, llevando á nuestros soldados agua, víveres y provisiones, cosa que no contribuyó poco á mejorar su moral.

—¡Vedel! ¡Vedel!—murmuraba con desesperación Dupont.—¿Dónde está Vedel que no viene? Yo, caminando á marchas dobles, salvé al mariscal Mortier en Dienstein. ¡Vedel! ¡Vedel!

Pero Vedel no le oía. El cañón de Bailén no llamaba, como le llamaba á Desseix el cañón de Marengo. Vedel sólo debía llegar cuando ya fuese tarde.

## VI

Eran ya las diez. La situación era insostenible. ¡Aquel Vedel, aquel Vedel que tan prestamente había acudido á Andújar cuando no hacía falta y no se presentaba ahora cuando de él dependía la salvación del ejército francés, el honor de sus armas, quizás la futura suerte del Imperio!

Y Dupont, desesperado, recordaba sus jactancias de que su expedición á Cádiz sería solamente un paseo militar por Andalucía. ¡Allí estaba ahora la realidad, en aquel campo de batalla cubierto de cadáveres franceses, en aquel ejército presa del más

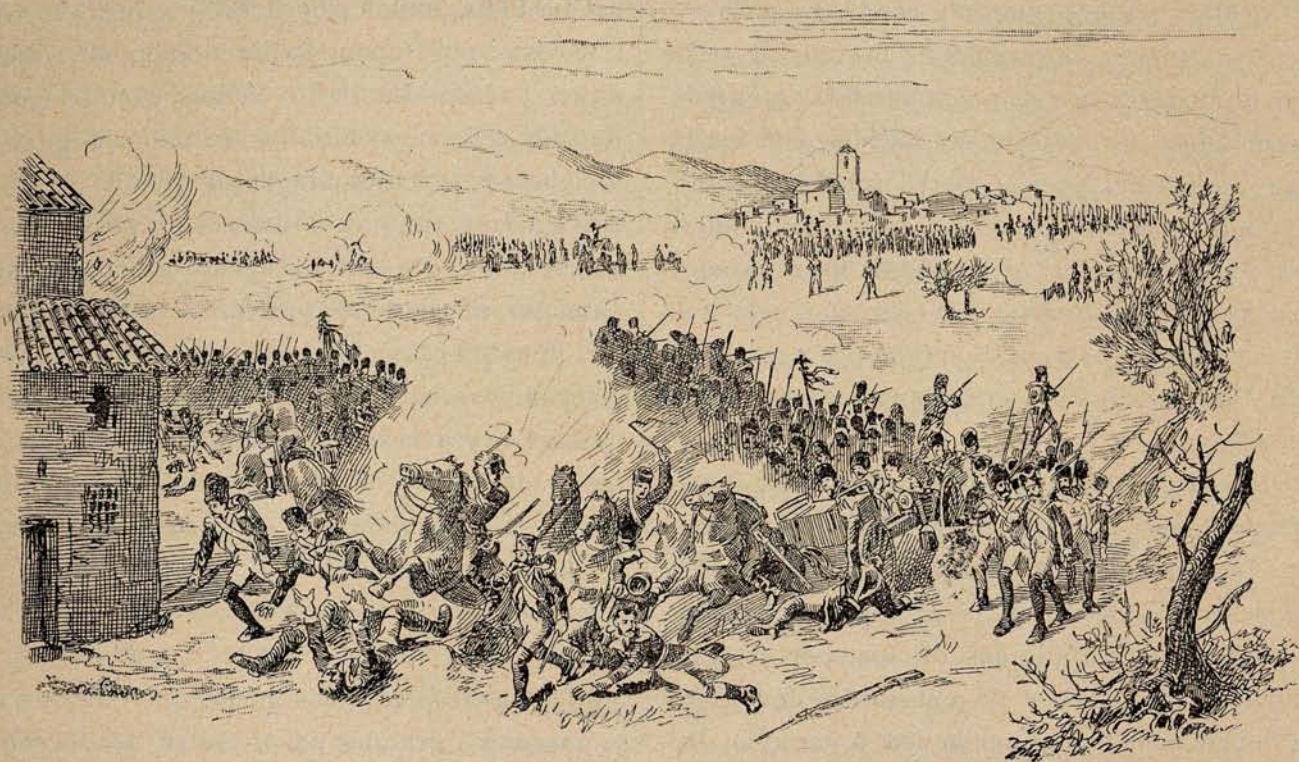
terrible pánico, en aquella inmóvil masa de acero que parecía una serpiente monstruosa tendida ante los viejos torreones de Bailén!

Allí estaba la realidad. Vedel, que no oía el cañón de alarma: Castaños, que podía oírlo quizás á no tardar. Había que salir de aquella situación horrible. ¿Qué hacer? Jugarlo todo, dar el asalto á la impávida falange española como quien asalta una fortaleza.

Y Dupont, irritado, terrible, viendo flotar ante sus

ojos la silueta formidable del emperador, pasó á caballo por delante de sus tropas y comenzó á arengarlas, á prometerlas que Vedel llegaría de un momento á otro, á excitarlas para que tuviesen ánimos contra aquellas *bandas de brigantes*, á recordarlas que en Bailén había agua, víveres, todo cuanto hacia falta. Un prolongado grito de *¡Vive l'Empereur!* respondió á las palabras del general Dupont.

Formáronse las columnas. Clarines y tambores dieron la señal, y el ejército francés atacó en masa



... exterminaban al desesperado adversario, cuya línea zozobró...

el frente de los españoles. Estremeciósse el suelo, y la llanura envió á la sierra el estruendo horrible de la formidable lucha. Nuestros cañones sembraban la devastación, y nuestros soldados, con sus cerradas é incesantes descargas, exterminaban al desesperado adversario, cuya línea zozobró, deshaciéndose en seguida en el mayor desorden.

Las dos líneas españolas continuaban siempre en su inmovilidad fantástica. La grande alma de Reding parecía haberse encarnado en aquella mole de hierro que nada bastaba á quebrantar.

Consiguieron, por fin, los franceses restablecer su línea é intentaron segunda vez asaltar la falange. El bravo general Dupré, lanzándose con los cazadores de á caballo sobre nuestro centro, por entre los huecos de la infantería francesa, temerario has-

ta la locura, adelantósse hasta las mismas filas españolas, estrellándose contra aquel muro, digno del que formaban con sus picas los antiguos tercios españoles, y hallando gloriosa muerte, traspasado por una bala de cañón.

De nuevo retrocedió el ejército francés, y con espanto pudo verse en qué estado quedaba al cabo de nueve horas de combate. Los capitanes habían tenido que ponerse al frente de los batallones, y los sargentos primeros al frente de las compañías. No quedaban jefes. La artillería se hallaba desmontada hasta la última pieza.

Reinaba en el campo francés la más profunda consternación. No se podía pasar. Dupont, lívido, desencajado el rostro, dirigióse á los que vió en pie y mandó formar de nuevo la línea de ataque. Obe-



decieron todos en silencio, con displicente gesto. ¿A qué? Sólo los marinos de la guardia se mostraron confiados, colocándose á vanguardia. Avanzaron por tercera vez contra la terrible masa española, atacaron, y aun algunos valientes *maturins* llegaron á tocar los cañones, pugnaron por romper la primera línea; mas, «aterrados por el aspecto que ofrecía la inmovilidad de la segunda,» retrocedieron de nuevo, abandonando aquella llanura eternamente funesta para Francia, que no pudo atravesar el ejército mandado por el general en quien tenía depositada Napoleón su más ilimitada confianza.

Recorría Dupont, ligeramente herido, el triste campo de batalla en que yacía tendida su gente, confundiendo los enfermos y heridos con los sanos, que se dejaban caer en tierra rendidos de fatiga, cuando observó una masa que con bandera blanca se encaminaba al campo de los españoles. ¡Eran los suizos de Reding y Preux, que, creyendo haber cumplido lo bastante y dando por perdida la batalla, iban á reunirse con sus antiguos hermanos de armas!

¡Tremenda pérdida! ¿Qué le pasaba, pues, al desventurado general? Sus 10,000 hombres habían quedado reducidos apenas á la mitad, 2,000 eran cadáveres, desertábanle ahora 1,600 suizos, y más de 2,000 estaban imposibilitados de sostener el fusil, extenuados de hambre y de cansancio, devorados por la fiebre, consumidos por la sed, ó vagaban dispersos para caer en poder de los guerrilleros.

Pero quizás llegaría aún Vedel y podría salvarse todo. ¡Vedel! ¡Vedel!

De pronto, en medio del sepulcral silencio que reinaba, resonó á lo lejos el cañón.

¡Vedel!

Mas ¡horrible desengaño! el cañón no tronaba por la izquierda, sino á retaguardia, por el puente del Rumblar.

¡Era La Peña, que, por orden de Castaños, se encaminaba al campo de batalla de Bailén!

Profirió Dupont un terrible juramento, y luego, con la cara que pondría un condenado á muerte, murmuró:

—¡Capitulación!

¡ERA LA PRIMERA VEZ QUE UN GENERAL DEL IMPERIO PRONUNCIABA ESTA PALABRA!

Pálido, con los ojos extraviados y trastornado el rostro, volvióse Dupont hacia el grupo que le

seguía, y, dirigiéndose á uno de los jinetes, dijo:

—M. de Villoutreys: os ruego paséis á veros con el señor general Reding y pedirle un armisticio por algunas horas. La gente está fatigada.

El aludido cumplió inmediatamente la orden, regresando al cabo de algún tiempo con la noticia de que Reding accedía á lo pedido á condición de que la tregua fuese ratificada por el general en jefe don Francisco Javier Castaños, mientras lo cual mandaba suspender el fuego. Después fué en busca de éste, tropezando á orillas del Rumblar con el general La Peña, cuyas tropas escaramuzaban con las francesas que Dupont había dejado de reserva en aquel puente. La Peña, menos complaciente que Reding, avinose al fin al armisticio con iguales condiciones, pero cuidando de añadir que si los franceses no se rendían á discreción no se les daría cuartel. Con esta noticia regresó Villoutreys al campamento, no pudiendo ocultar la terrible impresión que le había causado el aspecto que presentaban los dos campos, todo alegría y entusiasmo el uno, todo desaliento y desesperación el otro. Dada cuenta del resultado de su entrevista con La Peña, envióle Dupont á Andújar para que se viera con Castaños.

## VII

Mientras Dupont, poco menos que fuera de juicio, se paseaba á grandes pasos por su tienda, contando con la tregua arrancada á la longanimidad de Reding y de La Peña, nuestras tropas veían con extrañeza formar detrás de Bailén á unos cuantos miles de franceses como si se prepararan á atacarles.

—¿Qué diablos quieren esos gabachos?—decíanse nuestros valientes.—Será Vedel; pero ¡á buen hora mangas verdes! En todo caso debiera haber llegado á las cinco de la mañana y no á las cinco de la tarde.

Era, en efecto, el celeberrimo Vedel, que, empeñado en hacerlo mal, consiguió alcanzar el premio de hacerlo lo peor posible. No contento el buen hombre con la *plancha* núm. 1 de desamparar á Bailén para irse á Andújar con toda su división en auxilio de Dupont, y no contento con la *plancha* número 2 de dejar nuevamente abandonado á Bailén para ir á reunirse con Dufour á caza de fantasmas, habíase propuesto tirarse la *plancha* núm. 3 no acudiendo en auxilio de Dupont al oír en la Caroli-

na, en la madrugada, el cañoneo de Bailén. Sin duda no había estado en Marengo, como el sargento Rochoux, aquel que tanto recomendaba á nuestro amigo Juan de Castro la conveniencia de acudir, como Dessaix, hacia donde se oían cañonazos. Ello es que con tantas idas y venidas de Bailén á Andújar, de Andújar á Bailén, de Bailén á Guarromán y la Carolina, y de la Carolina y Guarromán á Bailén, estaban sus soldados derrengados de fatiga. A pesar de esto, sin embargo, al oír los oficiales franceses, en la madrugada del 19, los cañonazos que retumbaban en aquellas fragosidades, alarmáronse y manifestaron á Vedel la conveniencia de acudir hacia donde se producía el rumor. Lo que no sabían, lo que no podían imaginarse, era que aquellos cañonazos se disparasen con pólvora española, pues suponían eran los de Dupont, por más que lo hubiesen dejado en Andújar con Castaños enfrente; pero, en fin, el precepto era acudir hacia donde sonasen aquella clase de disparos.

Vedel, por costumbre ya de echarlo á perder todo, se hizo el remolón y tardó mucho en ponerse en marcha desde la Carolina á Bailén, por manera que entre este retardo y las continuas detenciones de la columna por ir á beber agua los soldados, eran ya las once cuando llegó á Guarromán, á mitad del camino entre la Carolina y Bailén; y como entonces ya casi estaba decidida la batalla, el cañoneo era menos frecuente, lo cual le hizo pensar que no había prisa en juntarse con Dupont.

Duraba aún la fantasmagoría de la existencia de fuertes contingentes españoles por la parte de Linares, y no creyó Vedel oportuno adelantar más sin practicar un minucioso reconocimiento por aquella parte; así es que cuando terminó éste, siendo ya más de mediodía, la batalla estaba ya ganada y ajustado el armisticio, por manera que no se oía una mosca. No había prisa, pues, no oyéndose cañonazos, y la ocasión venía pintiparada para almorzar bien y confortablemente. Para mayor dicha, los soldados de Vedel acababan de apoderarse de un hato de cabras, y, encantado el general con tal conquista, concedió á sus tropas una horita de descanso para que pudiesen comérselas en buen amor y compañía. Pero no había bastante con una hora, y por lo mismo estuvieron dos, al cabo de cuyo tiempo continuaron tranquilamente la marcha, llegando por fin á avistar á Bailén á las cinco *après midi* y

quedando no poco estupefactos al ver ondear en el castillo la bandera española y á nuestras tropas descansar voluptuosamente en la explanada á la sombra de los olivares.

—¡Estúpidos!—se diría Vedel.—Esos brigantes han osado interponerse entre mis tropas y las de Dupont. Me quieren cerrar el paso, pero ya verán.—Y sin encomendarse á Dios ni al diablo envía á llamar á la brigada Dufour y á los coraceros de La-grange que se había dejado en Guarromán.

Enterado Reding de la proximidad de Vedel, y temeroso de que no cometiera algún desaguisado, envióle dos parlamentarios para que supiera lo ocurrido y se atuviera á guardar la tregua convenida; pero Vedel, siempre oportuno, respondió:

—Idle á decir á ese señor general Reding que me trae sin cuidado lo que haya hecho y dicho, y que voy á atacarle en seguida.

Pusieron el grito en el cielo nuestros enviados, y acabaron, por fin, por convencer á aquel aturdido de que no había que andarse con chiquitas y que lo pactado tenía que cumplirse. Pareció que se daba Vedel por convencido, y les contestó que estaba bien y que enviaría un oficial suyo á enterarse. Despachólo, en efecto, al cuartel general de Reding, pero bien resuelto á hacer lo que luego hizo, y fué que, sin esperar á que volviese su edecán, atacó inesperadamente á nuestra gente, no costándole ningún trabajo sorprender al batallón de Irlanda, que, tendido á la bartola, descansaba bajo la fe de lo convenido. ¡Brava hazaña! Envalentonado el enemigo con tan portentosa proeza, dispónese á atacar la ermita de San Cristóbal, punto que abría la comunicación con la carretera de Andújar; pero puesto sobre aviso el regimiento de las Órdenes militares, que custodiaba aquel punto, rechaza bizarramente el inesperado ataque. Pero ni aun por eso desistía Vedel de su porfía incalificable: viendo que el ataque de flanco no había salido bien, pónese el mismo á la cabeza de los coraceros y manda atacar de frente. Así se disponía ya á verificarlo cuando llegó á todo escape un oficial francés con pliegos de Dupont ordenándole cesase el fuego y se conservase en sus posiciones, pero sin soltar el batallón hecho prisionero con tanta *bizarria*. No se extrañará que nuestros bravos soldados, irritados al ver la conducta de Vedel, sospecharan que la petición de tregua hecha por Dupont hubiese sido pura farsa para

que su subalterno pudiera coger prisioneros al batallón de Irlanda, y que por consiguiente amenazasen con hacer alguna barrabasada con la división Barbou, prisionera, si no se ponía coto á las extravagancias de aquel general que no estaba nunca en su puesto.

Es fácil, sin embargo, que, á entender nuestros soldados lo que estaban tramando algunos generales franceses, hubiéranse mostrado quizás menos buenos muchachos de lo que fueron, pues la verdad es que Pryvé le estaba proponiendo á Dupont que se atacara nuestra izquierda para que el ejército francés pudiera ir á reunirse con Vedel; y si así no se hizo, aunque les hubiera salido mal, fué porque Dupont no llegó á entender bien lo que dicho general le proponía.

### VIII

Llegó la noche. Nuestras tropas acamparon en Bailén y sus alrededores, y los franceses vivaquearon en la triste llanura donde habían sido rechazados, entre el puente del Rumblar y la explanada, esperando el resultado de las negociaciones seguidas entre Castaños y M. de Villoutreys. Volvió éste de Andújar, y dijo que el general en jefe estaba dispuesto á negociar y que al efecto iba á trasladarse luego á Bailén. Impaciente Dupont, rogó al general Marescott, que se encontraba por casualidad entre su estado mayor de paso para Gibraltar, que interpusiese sus buenos oficios con Castaños, de quien era amigo; y, aunque con repugnancia, aceptó aquel su encargo. Púsose, pues, en camino para Andújar, y al llegar á orillas del Rumblar se encontró con Peña que le recibió terriblemente mal, diciéndole que tenía plenos poderes para negociar y que la única condición era que los franceses se rindiesen á discreción inmediatamente.

Regresó Marescott al campamento y participó á Dupont la durísima respuesta de nuestro general, poniéndose el *terror del Norte* fuera de sí al decirle el enviado lo que pretendían los nuestros.

—¡Nunca!—exclamó Dupont.—Antes me dejaré matar por el último de mis rancheros que rendirme á discreción.

Reunió acto seguido consejo de generales y les expuso la situación, preguntándoles si podía contar con ellos para continuar la lucha; pero le respon-

dieron que no, pues no lo permitía el estado de las tropas, desmoralizadas, hambrientas y presas del pánico, al verse colocadas entre dos fuegos. Acordóse, pues, desistir de toda nueva tentativa y negociar, á cuyo efecto concedió Dupont plenos poderes al general Chabert, acompañado de Marescott y de Villoutreys.

No fueron nada fáciles ni tranquilas las negociaciones: Castaños se inclinaba á conceder á los franceses poder retirarse á Castilla, pero opúsose enérgicamente á ello el conde de Tilly, representante de la Junta de Sevilla, y en su vista iban ya los franceses á cesar en todo convenio, cuando llegaron urgentes avisos de Dupont para que á todo trance acabaran aquello en vista de la actitud amenazadora en que se presentaban los paisanos españoles, que á enjambres iban llegando á Bailén y rodeaban á sus tropas. Para colmo de infortunio, acabábase de sorprender á un emisario con pliegos para Dupont, en que se le prevenía que inmediatamente evacuase á Andalucía y se fuese para Madrid, por manera que consentirles en retirarse era hacerles su juego. No hubo, pues, más remedio que acceder los franceses á que quedasen prisioneros.

Acaloradas disputas se promovieron al discutir el artículo en que se prevenía que serían registradas las mochilas de los soldados del emperador, á fin de asegurarse que no llevaban en ellas vasos sagrados de aquellos que robaron en Córdoba, y por fin transigióse con convenir que los registradores serían los oficiales franceses.

Así estaban las cosas, cuando llegó al cuartel general de Dupont un emisario de Vedel que *por fin*, ya en la mañana del 20, se enteró de que Dupont había salido con las manos en la cabeza, proponiéndole ahora hacer mil diabluras para zafarse; pero no estaba la Magdalena para tafetanes, y así fué que Dupont dejó que su segundo imaginara los más tremendos expedientes, harto preocupado en lo que le estaba sucediendo. Lo único que respondió, propasándose, fué que Vedel procurase escurrirse de donde estaba con su división y la de Dufour y se marchase á Madrid, lo cual no se hizo aquél repetir dos veces; y, en efecto, por la noche, después de dejar abandonados á los enfermos y heridos, se salió de sus posiciones cerca de Bailén y emprendió la marcha sin parar hasta Santa Elena, pasada ya la Carolina, con intento de volar las rocas de Despe-

fiaperros y hacer intransitable aquei. desfiladero una vez lo hubiese franqueado él.

Aquella estratagema era sobrado desleal, y por lo mismo, para meter miedo á Dupont, se le dijo que si no mandaba á Vedel que volviese donde estaba sería pasada á cuchillo la división Barbou.

Apresuróse entonces el desgraciado vencido á enviar orden á su segundo para que se dejara de escapatórias, y, por más que obedeció á regañadientes, volvió Vedel á donde debía estar. Y no cabe duda en que Dupont hizo lo que debía. Pues ¡qué! ¿para salvar á unas divisiones que habían tenido la princi-



El general D. Teodoro de Reding

pal culpa de su derrota, había de exponer al furor de los irritados españoles á los bizarros soldados de Barbou?

Por fin, el 22 fué firmada en Andújar la capitulación, en virtud de la cual quedaban prisioneras de guerra las tropas á las inmediatas órdenes de Dupont mientras que las divisiones Vedel y Dufour debían ser desarmadas y embarcadas para Francia en un puerto de Andalucía, en buques tripulados exclusivamente por españoles.

Al siguiente día desfilaban por delante de la división de reserva y la 3.<sup>a</sup> división (es decir, ¡por delante de las divisiones que no habían estado en la batalla!) las tropas que habían peleado á las órdenes de Dupont, en número de 8,248, rindiendo sus armas á 400 toesas de nuestro campo y entregando

Dupont su espada al general en jefe español; y el 24, habiéndose trasladado Castaños á Bailén, abandonaron sus fusiles 9,353 hombres, pertenecientes á las divisiones Vedel y Dufour, sin contar las águilas, los caballos y 40 cañones. Sumando este número de prisioneros, los que luego se hicieron en la Sierra por andar dispersos ó fugitivos y los 2,000 hombres que perecieron en el campo de batalla, resulta que Dupont tenía á sus órdenes más de 21,000 combatientes. Por nuestra parte tuvimos 200 muertos y unos 700 heridos.

Y ahora se nos permitirá preguntar: ¿Qué pito tocó en Bailén el general Castaños para cargar con la gloria del triunfo? ¿Por qué habían de desfilarse delante de su división los heroicos soldados de Dupont, cuando dicha división no había cruzado ningún

tiro con ellos? Y, en cambio, ¿qué manera de dejar oscurecido á Reding, al verdadero, al único vencedor que hubo en Bailén! ¿Qué hizo Castaños sino entretenerse en cañonear á Andújar cuando ya Dupont se había largado de allí? Y ni siquiera se le ocurrió, ya convencido de ello, ir tras de él, sino que para eso envió á La Peña, que llegó al Rumblar cuando ya estaba todo concluido. Así son, sin embargo, tantas y tantas cosas de este mundo. Muchos habrá que, si les preguntáis:—¿Quién ganó la batalla de Bailén?—Os responderán:—Castaños,—sin saber que este digno general no estuvo allí. Chamba verdaderamente excepcional y comparable solamente con la del ilustre héroe de los Castillejos, según la copla de

En el puente de Alcolea  
gran batalla ganó Prim.

El vencedor de Bailén fué D. Teodoro de Reding, gloriosamente muerto en Tarragona de las heridas recibidas en hora funesta en el campo del honor y dignamente enterrado en el cementerio de aquella capital; fué D. Teodoro de Reding, cuya memoria no se mezcló jamás con intrigas y del cual no se pudo decir nunca que se aprovechase de la gloria de los otros. Aparte de esto, jamás volvió á sonar el nombre de Castaños unido á ninguna gloriosa empresa, antes bien fué sumamente desgraciado en cuanto quiso acometer. Bastóle, sin embargo, á Castaños tener probado que se adhirió á disgusto al alzamiento nacional, lo mismo que Blake y que Cuesta, y que era ante todo un realista, para que llovieran sobre él las gracias y mercedes. De lo que era Castaños como general en jefe, puede responder el escaso fruto que sacó de la brillante victoria conseguida por Reding. Con todo, el efecto moral estaba producido, y esto era lo principal, bien que no se le debía para nada al futuro duque de Bailén. Europa se estremeció de alegría y vió brillar un rayo de esperanza al romper los soldados españoles el velo de virginidad que flotaba sobre la bandera tricolor.

El mejor divisionario de Napoleón, el que tenía destinado ya el bastón de mariscal, era derrotado completamente por otros generales españoles. Los invencibles habían sido vencidos, y España hacía revivir los lauros de Ceriñola y de Pavía.

Inglaterra enloqueció de gozo á la nueva del triunfo, y Europa entera saludó en España á la nación de inaudita fiereza que había logrado abatir por primera vez las águilas del Imperio.

## IX

No seguiremos al ejército francés en su triste marcha á Cádiz, por más que, imparciales ante todo, no debemos ocultar que la conducta que se siguió con ellos no fué todo lo correcta que debía; pero ¿cómo obligar á guardar comedimiento á un pueblo villanamente atacado, y cómo exigir moderación á gentes que habían visto sucumbir á las prendas más caras de su alma á manos de los invasores y destruida por esto su hacienda? Registradas las mochilas de los franceses, ¿no se encontraba en ellas mucha cantidad de moneda española, cuya procedencia no tenía duda? ¿No se había caído de la maleta de un oficial un cáliz y un copón? Póngase cualquiera la mano en el corazón y diga si no tenía excusa la excitación de las poblaciones andaluzas, heridas en su sentimiento religioso, patriótico y familiar.

En cuanto á Castaños, fuése á Madrid con la división de reserva (que no había tomado parte en la batalla) á recoger la ovación que se le preparaba, mientras que Reding regresaba á Granada con la división de este nombre. Con él se fueron nuestros amigos Arjona, Geromo y Jesusito. Una vez en aquella capital, pidió Arjona permiso para pasar á Sevilla hasta que el general Reding creyese conveniente llamarle, mientras que el antiguo chispero y el monago se incorporaban al ejército que se estaba formando en Sevilla para incorporarlo al del centro, que debía regir, con bien mala ventura, el llamado vencedor de Bailén.

